

Charms es uno de esos numerosos escritores cuyas obras permanecieron en el anonimato durante largos decenios. Su escritura, mordaz, satírica, grotesca, se suele emparentar con la literatura del absurdo y el surrealismo. Poeta en sus comienzos, poco a poco desplazó su mundo creativo a la prosa. Maestro de la forma corta, Charms se convierte en un implacable observador de la monstruosa realidad que le rodea en esas miniaturas a menudo divertidas y siempre trágicas.



Daniil Charms

Prosa del otro

y otros textos de vanguardia

ePub r1.0

chungalitos 15.06.14

Título original: *Izbrannyie proizvedeniia*

Daniil Charms, 1941

Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

Ilustraciones: Daniil Charms

Editor digital: chungalitos

ePub base r1.1



Prosa del otro
y otros textos de vanguardia

Dibujos de Daniil Charms





PROSA DEL OTRO

(1929-1941)

Qué extraño; qué inexplicablemente extraño: del otro lado de la pared, de esa pared, hay un hombre sentado en el suelo, sus largas piernas, estiradas, están enfundadas en sencillas botas y su rostro es malévol.

Bastaría con hacer un agujero en la pared, mirar a través de ella, y, al punto, veríamos a ese hombre malévol.

Pero no hay que pensar en él. ¿Qué representa? ¿Es una parte de esa vida muerta que, desde los vacíos imaginarios, habrá volado hacia nosotros? Sea lo que fuere, tanto peor para él.

22 de junio 1931



Ahora voy a contaros cómo nací, cómo crecí y cómo se manifestaron en mí los primeros síntomas de la genialidad. Yo nací dos veces. He aquí cómo ocurrió eso.

Mis padres se casaron en 1902. Sin embargo, no me trajeron al mundo hasta finales de 1905, porque mi padre deseaba que su hijo naciese exactamente en Año Nuevo. Él calculó que debía engendrarme el 1º de abril y sólo entonces intentó convencer a mi madre proponiéndole concebir un niño.

Mi padre hizo esas insinuaciones a mi madre una primera vez en 1903. Mi madre, que esperaba ese momento desde hacía mucho tiempo, se alegró terriblemente. Pero mi padre estaba visiblemente de un humor jocoso y no pudo evitar decirle: «¡Es una inocentada, claro!».

Mi madre se sintió terriblemente ofendida y no dejó que se acercase a ella ese día. Hubo que esperar al año siguiente. En 1904, el 1º de abril, mi padre se le insinuó a mi madre con la misma proposición. Pero, recordando lo que había sucedido el año precedente, mi madre declaró que no deseaba encontrarse una vez más en una situación estúpida, y no le dejó acercarse a ella. Mi padre se mostró condescendiente, y no hizo nada.

Sólo un año más tarde consiguió embarazar a mi madre y entonces sí, ésta pudo concebirme.

De tal modo, fui concebido el 1º de abril de 1905.

Sin embargo, todos los cálculos de mi padre se fueron a pique, porque resulté ser un aborto y nací cuatro meses antes de tiempo.

Mi padre se puso tan furioso que la comadrona que me asistió en el parto, completamente desconcertada, comenzó a introducirme por donde yo acababa de salir.

Un estudiante de la academia militar de medicina, amigo de la familia, que asistía a la escena, dijo que no sería posible meterme de nuevo en el vientre de mi madre. Sin embargo, a pesar de las palabras del estudiante, me metieron aunque, con las prisas, no por el sitio adecuado. Entonces se formó un jaleo tremendo. La parturienta grita: «¡Denme a mi bebé!». Y le contestan: «Su bebé lo tiene dentro». «¡Cómo!» grita la parturienta, «¡cómo va a estar dentro de mí, si lo acabo de parir!».

«Pero quizá se equivoque» le dicen. «¡Cómo que me equivoco!» grita la parturienta, «¿es que acaso puedo equivocarme? ¡Yo misma he visto hace un instante a la criatura tendida ahí, en la sábana!». «Es cierto», le dicen, «pero tal

vez se haya metido por algún sitio». En una palabra, nadie sabe qué decirle, y ella monta un escándalo exigiendo que le devuelvan a su bebé.

Hubo que llamar a un doctor experimentado. El experto doctor reconoció a la parturienta y se quedó de una pieza; comprendió sin embargo de qué iba la cosa y le dio a la paciente una buena dosis de sales inglesas. A la parturienta le entró entonces una diarrea, y fue así como vine al mundo por segunda vez.

Mi padre de nuevo se puso furioso, diciendo que a aquello no podía llamársele un nacimiento... que no era un ser humano, sino un feto, que había que volver a meterlo por donde salió, o bien en una incubadora.

Entonces me pusieron en una incubadora.

25 de septiembre 1935.

PERIODO DE INCUBACIÓN

Pasé cuatro meses en la incubadora. Sólo recuerdo que la incubadora era de cristal, transparente y equipada con un termómetro. En su interior, yo estaba tendido entre algodones. No recuerdo nada más.

Después de cuatro meses, me sacaron de la incubadora. Eso ocurría exactamente el 1° de enero de 1900. Así fue como si naciera por tercera vez. Desde entonces consideraron el 1° de enero como la fecha de mi nacimiento.

[1935]



UN FRAGMENTO

Mamá, papá y la criada, que se llamaba Natasha, estaban sentados a la mesa y bebían.

Papá era sin duda un juerguista. Incluso mamá le miraba por encima del hombro. Pero eso de ninguna manera impedía a papá ser un buen hombre. Reía de buena gana y se balanceaba en su silla. Natasha, la criada, con cofia y delantal, se sentía molesta a todas horas. Papá le resultaba gracioso a todos con su barba, pero la criada, completamente turbada, bajaba la mirada, dando a entender con eso que estaba molesta.

Mamá, una mujer alta con un peinado voluminoso, hablaba con una voz de caballo que resonaba en el comedor, después repercutía en el patio y en las demás piezas.

Tras beber un primer vaso, todos se callaron un instante, luego comieron embutido. Un poco después, se reanudó la charla.

Súbitamente, de manera inesperada, llamaron a la puerta. Ni papá, ni mamá, ni la criada Natasha consiguieron adivinar quién podía ser.

—Qué extraño, dijo papá, ¿quién puede llamar a la puerta? Mamá puso una cara compasiva, se echó un segundo vaso que bebió sin invitar, y dijo: «Qué extraño».

Papá no le hizo ningún reproche, pero se sirvió también un vaso, se lo echó al colete y se levantó de la mesa.

Papá no era alto. No como mamá. Mamá era una mujer enorme, fuerte, con una voz de caballo, mientras que papá no era más que su esposo. Además, y por si fuera poco, papá tenía pecas.

Llegó a la puerta de un solo paso y preguntó:

—¿Quién es?

—Yo —dijo una voz tras la puerta.

La puerta se abrió al momento y entró la criada Natasha completamente confusa y ruborizada. Como una flor. Como una flor.

Papá se sentó.

Mamá se sirvió otro vaso.

La criada Natasha y la otra como una flor se ruborizaron de vergüenza. Papá las miró y no hizo ningún reproche, se contentó, igual que mamá, con

beberse otro vaso.

A fin de calmar la desagradable sensación de ardor que tenía en la boca, papá abrió una conserva de pasta de cangrejo. Todos se pusieron muy contentos y comieron hasta la mañana. Pero mamá, sentada en su sitio, guardaba silencio. La situación era muy desagradable.

Cuando papá ya se disponía a cantar algo, golpearon en la ventana. Mamá, asustada, dio un brinco y se puso a gritar que había visto muy claramente cómo alguien miraba por la ventana desde la calle. Los demás intentaban convencerla de que eso no era posible, toda vez que se encontraban en el segundo piso, y nadie podía mirar por la ventana desde la calle y que para eso habría que ser un gigante o Goliat.

Pero a mamá se le había metido esa idea en la cabeza. Nadie en el mundo podía convencerla de lo contrario. Para tranquilizarla, le sirvieron otro vaso. Mamá se lo bebió. Papá también se sirvió y bebió.

Natasha y la criada como una flor se habían sentado: turbadas, miraban al suelo.

—No puedo estar de buen humor cuando nos miran por la ventana desde la calle —exclamó mamá.

Papá, desesperado, no sabía cómo tranquilizar a mamá. Corrió incluso al patio para ver si era posible echar un vistazo por la ventana, aunque sólo fuese desde el primer piso. Por supuesto, no lo consiguió. Pero eso no convenció a mamá en absoluto. Ni siquiera vio a papá en la imposibilidad de llegar a la ventana, aunque sólo fuese la del primer piso.

Completamente desolado por todo aquello, papá se largó como una flecha hasta el comedor y se bebió dos vasos de golpe, tras haberle servido uno a mamá. Mamá se bebió su vaso, pero dijo que bebía únicamente porque estaba convencida de que alguien había mirado por la ventana.

Papá se quedó de una pieza.

—Mira —le dijo a mamá y, acercándose a la ventana, la abrió de par en par.

Un hombre con el cuello de la camisa sucio y un cuchillo en la mano intentó entrar por la ventana. Al verlo, papá cerró de un golpe la ventana y dijo:

—Aquí no hay nadie.

Sin embargo, el hombre del cuello sucio miraba al interior de la pieza a través de la ventana, y después incluso la abrió y entró.

Mamá estaba muy asustada. Se encontraba al borde de una crisis de histeria pero, tras beberse un trago que papá le sirvió con un champiñón como entremés, se calmó.

Papá también se recuperó pronto. Todos volvieron a sentarse a la mesa y continuaron bebiendo.

Papá cogió un periódico y se pasó mucho tiempo dándole vueltas tratando de encontrar dónde estaba la parte de abajo y dónde la de arriba. Pero se cansó de buscar, y como no la encontró dejó el periódico a un lado y se tomó un vaso.

—Está bien —dijo papá— pero aquí faltan los pepinos.

Mamá estalló en una risa de mala educación, caballuna, que turbó a las criadas, que no apartaban la mirada del dibujo del mantel.

Papá se tomó aún otro vaso y, después, agarró súbitamente a mamá y la sentó en el aparador.

La canosa mata del increíble peinado de mamá se enmarañó, en su cara aparecieron rojas máculas y, en una palabra, tenía la jeta muy excitada.

Papá se subió el pantalón y comenzó un brindis.

Pero en ese momento, la trampilla que había en el suelo se abrió y por ella salió un monje.

Las criadas se turbaron hasta tal punto que una de ellas se puso a vomitar. Natasha sujetaba la frente de su amiga, intentando de esa manera ocultar aquel horrible espectáculo.

El monje que había salido por la trampilla del suelo lanzó su puño contra la oreja de mi padre ¡y cómo le zumbó!

Papá se desplomó sobre la silla sin poder acabar su brindis. Entonces el monje se acercó a mamá y la golpeó desde abajo, bien con la mano o con el pie.

Mamá se puso a gritar y a pedir ayuda.

Entonces el monje agarró por el cuello a las dos criadas y las hizo girar en el aire antes de soltarlas.

Después, sin que nadie se diese cuenta, el monje desapareció bajo el suelo cerrando la trampilla tras de sí.

Durante largo rato, ni papá, ni mamá, ni la criada Natasha consiguieron reaccionar. Pero después, cuando volvieron a tomar aliento y se arreglaron un poco, cada uno se tomó un vaso y se sentaron de nuevo a la mesa para meterle el diente a la col picada.

Tras tomarse otro vaso, continuaron sentados charlando tranquilamente. De pronto, papá enrojeció y se puso a gritar.

—¡Qué! ¡Qué! —gritaba papá—. ¡Me tomáis por un mezquino! ¡Por un fracasado! ¡No soy un parásito! ¡Vosotros sí que tenéis poca vergüenza!

Mamá y la criada Natasha salieron corriendo del comedor y se encerraron en la cocina.

—¡Vete con la música a otra parte, juerguista! ¡Largo de aquí, perdido! —le susurraba mamá horrorizada a la pobre y conturbada Natasha.

Papá se quedó hasta la mañana vociferando en el comedor, después cogió su carpeta con documentos, se puso su gorra blanca y se fue modestamente al trabajo.

31 de mayo 1929.





1

Una mosca golpeó en la frente a un señor que iba corriendo, le atravesó la cabeza de parte a parte y le salió por la nuca. El señor —que se apellidaba Derniatin— se quedó muy sorprendido: le pareció notar que algo pasaba silbando al lado de su cráneo y que en la nuca se le desgarraba un trozo de piel que le producía cierto cosquilleo. Derniatin se detuvo y pensó: «¿Qué significa esto? Pude escuchar con absoluta claridad una especie de silbido en la mollera. No se me ocurre ninguna explicación a lo sucedido. En cualquier caso, es una sensación extraña, parecida a una enfermedad de la cabeza. Pero no voy a pensar más en ello, voy a seguir con mi carrera».

Sumido en esos pensamientos, el señor Derniatin siguió corriendo aunque, por más que lo intentaba, no conseguía correr en paz. En el camino azul Derniatin tropezó y a punto estuvo de caer; tuvo incluso que recurrir a las manos para no perder el equilibrio. «Menos mal que no me he caído —pensó Derniatin— porque me hubiese roto las gafas y dejaría de ver por dónde lleva el camino». Derniatin continuó, esta vez andando, apoyado en su bastón. Sin embargo, un peligro acechaba tras otro. Derniatin comenzó a canturrear para alejar sus malos pensamientos. La cancioncilla era tan alegre y sonora que Derniatin, embelesado, se olvidó de que iba por el camino azul por el cual, a esas horas del día, pasan continuamente coches a una velocidad de vértigo. El camino azul era muy estrecho y evitar a los coches resultaba muy difícil. Por eso se le consideraba peligroso. Las personas precavidas iban por el camino azul con cuidado para no morir. Aquí, la muerte acechaba al peatón a cada paso, a veces en forma de automóvil, otras en forma de carro o carreta cargado con carbón mineral. Sin darle tiempo a decir ni mu, se le vino encima un enorme automóvil. Derniatin exclamó «¡me muero!» y saltó a un lado. La hierba se abrió ante él al caer en la húmeda cuneta. El automóvil pasó a su lado rugiendo y en una de las ventanillas asomó la banderola de las situaciones de emergencia.

La gente del coche no dudaba de que Derniatin había muerto y por ello se quitaron los sombreros y continuaron su trayecto con las cabezas descubiertas. «¿No os habéis dado cuenta bajo qué ruedas cayó ese tipo?, ¿bajo las delanteras o bajo las traseras?» —preguntó el señor de los manguitos, o sea no el de los manguitos sino el de la capucha. «A mí —decía ese señor— siempre se me

enfrían las mejillas y los lóbulos de las orejas, por eso llevo siempre capucha». Al lado de este señor en el automóvil estaba sentada una dama de boca interesante. «A mí —dijo la dama— me preocupa que nos puedan acusar de la muerte de ese viandante». «¿Qué? ¿Qué?» —preguntó el señor alzándose la capucha. La dama repitió cuál era su preocupación. «No, —dijo el señor de la capucha— el asesinato se castiga sólo en aquellos casos en que la víctima se parece a una calabaza. Pero nosotros no. Nosotros no. Nosotros no somos culpables de la muerte del viandante. Él mismo exclamó ¡me muero! Nosotros simplemente fuimos testigos de su repentina muerte». Madame Anette sonrió con su interesante boca y dijo para sí: «Anton Antonovich, usted huye astutamente de la desgracia».

Mientras tanto, el señor Derniatin estaba tirado en la húmeda cuneta con los brazos y las piernas extendidos. El coche ya no se veía. Derniatin había comprendido que no estaba muerto. La muerte en forma de automóvil ya había pasado. Se puso en pie, limpió su traje con la manga, se lamió los dedos y continuó por el camino azul para dar alcance al tiempo. El tiempo le llevaba nueve minutos y medio de ventaja y Derniatin se fue a alcanzar los minutos.

[1929-1930]

I

Estábamos tendidos en la cama. Ella estaba del lado de la pared, recostada, y yo estaba del lado de la mesa. En mi opinión, sólo se pueden decir dos palabras: escuchaba atentamente. Ella lo sabía todo.

II

¿Es esto un tenedor?, ¿o un ángel?, ¿o cien rublos? Es Nona. El tenedor es más pequeño. El ángel es más grande. No hay dinero desde hace mucho tiempo. Pero Nona, es ella. Ella sola es Nona. Había seis Nona, y esta es una de ellas.

III

Un perro con un pequeño sombrero se acercó. Se oían sus pasos que se enmarañaban. Una mosca abrió las ventanas. ¡Miremos por la ventana!

IV

No vemos nada por la ventana. ¿Tú ves algo? Yo no veo nada, ¿y tú? Veo unos esquís. ¿Y qué hay sobre esos esquís? Sobre los esquís, hay un soldado; un cinturón atraviesa su espalda, pero no lleva cinturón en la cintura.

1930.

Querido Nikandr Andreievich,

He recibido tu carta y al momento comprendí que era tuya. Al principio pensé que podía no ser tuya, pero cuando la abrí, enseguida comprendí que era tuya. Y decir que poco me faltó para pensar que no era tuya. Estoy contento de saber que te has casado hace ya mucho tiempo, porque cuando una persona se casa con quien quería casarse, eso significa que ha conseguido lo que quería. Estoy, pues, muy contento de saber que te has casado, porque cuando una persona se casa con quien quería casarse, eso significa que ha conseguido lo que quería. Ayer, he recibido tu carta y al momento pensé que esa carta era tuya, pero después, tuve la impresión de que no era tuya, luego la abrí y he visto que verdaderamente era tuya. Has hecho muy bien en escribirme. Primero, no has escrito durante mucho tiempo, y después, súbitamente, has escrito, aunque, después de no escribir durante algún tiempo, hayas escrito. Enseguida al recibir tu carta, pronto llegué a la conclusión de que era tuya, y después estoy muy contento de que ya te hayas casado. Porque si una persona quiere casarse, cueste lo que cueste tiene que casarse. Es por lo que estoy muy contento de saber que al fin te has casado, y precisamente con quien tú querías casarte. Y has hecho muy bien en escribirme. Ver tu letra me ha alegrado mucho, e incluso al momento pensé que era tuya. En realidad, mientras la abría, el pensamiento de que no era tuya acudió a mi mente, pero no tardé en llegar a la conclusión de que era tuya. Gracias por haber escrito. Te lo agradezco y estoy muy contento por ti. Quizá no adivines por qué estoy tan contento por ti, pero te digo enseguida que estoy contento por ti porque te has casado, y precisamente con quien tú querías casarte. Y sabes, está muy bien casarse precisamente con quien uno quiere casarse, porque es precisamente en ese momento cuando se consigue lo que se quería. Y eso es precisamente por lo que estoy tan contento por ti. Y estoy contento igualmente porque me has escrito esa carta. Vagamente, había pensado que esa carta era tuya, pero cuando la tenía en las manos, me dije así: ¿y si no era tuya? Pero después me dije: no, por supuesto que es tuya. Abro la carta y al mismo tiempo pienso: ¿será tuya o no? ¿Será tuya o no? Pero nada más abrirla, vi que era tuya. Eso me alegró mucho y he decidido escribiste también una carta. Habría mucho que decir, pero no tengo literalmente tiempo. He escrito lo que he podido en esta carta, y el resto, lo escribiré más tarde; no tengo verdaderamente tiempo ahora. En cualquier caso, está bien que me hayas escrito una carta. Ahora, sé que te has casado hace ya mucho tiempo. Ya por las

cartas precedentes, sabía que te habías casado, y ahora lo veo de nuevo: es completamente exacto, te has casado. Y estoy muy contento de que te hayas casado y me hayas escrito una carta. Al ver tu letra, pronto comprendí que te habías casado de nuevo. Pensé: está bien que te hayas casado de nuevo y me hayas escrito una carta a ese respecto. Escríbeme ahora quién es tu nueva mujer y dime cómo ocurrió todo eso. Saluda a tu nueva mujer de mi parte.

Daniil Charms

25 de septiembre y octubre 1933

Querido Sasha,

En ésta (para ser más breve, digo simplemente en «ésta», pero sobreentendiendo por eso «en esta carta»), sólo voy a hablar de mí. A decir verdad, quiero describir mi vida. Es una lástima que no te haya escrito la carta precedente, porque hubiese podido escribir en ella todo lo que omito aquí. Recurramos al método de la comparación. Digamos que tú vives en Ashjabad de cierta manera. Para ser más breve, llamémosle a eso «así». Yo, vivo aquí, que denomino por convención: «puesto que». Adopto tales convenciones para las apelaciones de uno y otro a fin de que sea más fácil después hablar de esto y de aquello. Si tú encuentras las denominaciones «así» y «puesto que» incómodas, podemos decirlo de este modo: tú vives de cierta manera, y yo vivo de cierta manera, aunque de manera distinta. Quedémonos con esta última denominación.

Admitamos que yo no vivo «de cierta manera, sino de manera distinta», pero de la misma manera que tú. ¿Qué se sigue de ahí? Para eso, imaginemos, y para mayor simplicidad, olvidemos a continuación lo que acabamos de imaginar. Y veamos ahora lo que eso ha dado.

Casi olvidaba contarte que me he comprado un abrigo que no necesitaba en absoluto. Pero sería mejor que te contara esto después. Me visitó Igor.

[1930]

I

Un día, llegué a las «Ediciones del Estado» y me encontré allí con Evgueni Lvovich Schwartz, que, como siempre, estaba mal vestido aunque con pretenciosidad.

Al verme, Schwartz comenzó a burlarse, y como siempre, con poco éxito.

Yo me burlé con mucho más acierto y pronto puse a Schwartz contra las cuerdas en el plano intelectual.

Todos los que me rodeaban envidiaban mi agudeza, pero no tomaron medidas, pues se partían literalmente de risa. Sobre todo se partían de risa Nina Vladimirovna Guernet y David Efimych Rajmilovich, el cual, porque encontraba que así sonaba mejor, se hacía llamar Lujin.

Viendo que era mejor no bromear conmigo, Schwartz comenzó a bajar los humos y, finalmente, tras cubrirme de insultos, dijo que en Tiflis todo el mundo conoce a Zabolotski, mientras que a mí no me conocía nadie. Aquello me sacó de quicio, y le dije que yo era más histórico que Schwartz y Zabolotski, que dejaría una huella luminosa en la historia, mientras que ellos pronto serían pasto del olvido.

Al sentir mi grandeza y mi enorme peso a nivel mundial, Schwartz se estremeció y me invitó a comer con él.

II

Decidí vérmelas con toda una pandilla, cosa que hago. Comenzaré por Valentina Efimovna.

Esta persona privada de cualidades domésticas nos invita a su casa y, en vez y lugar de alimento, nos sirve una especie de cosa completamente agria. Me gusta la buena mesa y algo sé sobre lo qué es comer bien. ¡No será a mí a quien le hagan tragar una comida agria! A veces voy incluso al restaurante para ver qué comida se sirve. No soporto que alguien no tenga en cuenta esa particularidad de mi carácter.

Ahora, pasará a Leonid Savielievich Lipavski. Él no siente el menor asomo de vergüenza mientras me dice a la cara que mensualmente se le ocurren diez ideas.

En primer lugar, miente. No se le ocurren diez, sino menos.

Y en segundo lugar, a mí se me ocurren más. No he contado cuántas se

me ocurren al mes, pero seguro que más que a él.

Ahora, aún diré algo sobre Tamara Aleksandrovna. Esta mujer se atiborra de té y se hace la mosquita muerta. De ese modo sabe de esto y aquello, es más inteligente que cualquiera, e incluso más interesante que Tusia.

¡Todo eso son tonterías! Yo conozco a las mujeres mejor que nadie y soy capaz de decir de una mujer vestida a qué se parece cuando está desnuda.

Tamara Aleksandrovna piensa demasiado en sí misma. El amor propio no sólo es un pecado, sino también un defecto. Es muy bonito hincharse de té. Mira a tu alrededor. Quizá haya personas más inteligentes.

Fíjate en mí, por ejemplo, yo no voy por ahí diciéndole a todo el mundo que tengo una inteligencia colosal. Yo reúno en mí todos los dones para poder considerarme un gran hombre. Y eso es, por lo demás, lo que hago.

Por eso me resulta vejatorio, y hasta doloroso, encontrarme entre gente que no me llega ni a la suela de los zapatos en cuanto a inteligencia, perspicacia y talento, y no siente por mí el debido respeto.

¿Por qué, por qué seré el mejor?

III

Ahora lo comprendo todo: Leonid Savielievich es alemán. Incluso tiene costumbres alemanas. Mirad cómo come. ¡Alemán de pura cepa! Hasta por sus piernas se ve que es alemán.

Sin vanagloriarme de ello, puedo decir que soy muy agudo y observador.

Por ejemplo: si cogiéramos a Leonid Savielievich, Yuri Berzin y Wolf Ehrlich y los pusiéramos uno al lado del otro en una acera, podríamos decir: «a cada cual más pequeño». En mi opinión, eso es agudo porque es moderadamente gracioso.

Pero de todas formas, ¡Leonid Savielievich es un auténtico alemán! Se lo diré sin falta la próxima vez que nos veamos. Yo no me considero alguien especialmente listo, aunque de todos modos debo decir que soy más listo que nadie. Es posible que en Marte haya alguien más listo que yo, pero en la tierra, no, por lo que sé.

Fijaos en Oleinikov, de quien se dice que es muy inteligente. En mi opinión, es inteligente, pero no mucho. Descubrió, por ejemplo, que si escribimos un 0 y le damos la vuelta, obtenemos un 9. En mi opinión eso no es inteligente.

Leonid Savielievich tiene toda la razón cuando dice que la inteligencia es la dignidad del hombre. Sin inteligencia, pues, no hay dignidad.

Yakov Semionovich, al contrario que Leonid Savielievich dice que la inteligencia es la debilidad del hombre. Yo creo que eso es ya una paradoja. ¿Por qué la inteligencia sería una debilidad? ¡De eso nada! Es más bien fuerza. Eso es lo que yo pienso.

A menudo nos reunimos en casa de Leonid Savielievich y hablamos de esto.

Si se entabla una discusión, siempre salgo ganando. Yo mismo ignoro por qué.

No comprendo por qué todos me miran con asombro. Haga lo que haga, todos consideran que es asombroso.

Y sin embargo, ni siquiera me esfuerzo. Todo ocurre naturalmente.

En cierta ocasión, Zabolotski dijo que yo estaba hecho para gobernar esferas. Seguramente bromeaba. Jamás se me ocurrió algo así.

En la «Unión de Escritores», no sé por qué, me consideran un ángel.

¡Escuchad, amigos míos! No está bien que me reverenciéis de esa manera. Yo soy como todos vosotros, sólo que mejor.

IV

Una vez escuché la siguiente expresión: «¡Atrapa el instante!»

Es fácil de decir, pero difícil de hacer. Yo creo que esta expresión carece de sentido. Y además, no hay que incitar a la gente a hacer lo imposible.

Lo digo con una total seguridad, pues yo mismo lo he experimentado. Intenté atrapar el instante, pero no dio resultado y lo único que conseguí fue romper mi reloj. Ahora sé que eso es imposible.

Igual de imposible es «atrapar la época», porque se trata de un instante del mismo tipo, pero un poco más grande.

Otra cosa es decir: «Registra lo que pasa en este instante». Eso ya es otra cuestión.

Por ejemplo: ¡uno, dos, tres! ¡No ha pasado nada! Ya veis, registré un instante en el que no ocurrió nada.

Se lo dije a Zabolotski. Eso le gustó mucho y se pasó todo el día contando: uno, dos, tres, y comprobando que no ocurría nada.

Schwartz encontró a Zabolotski entregado a esa tarea. Y también

Schwartz acabó interesándose por tan original método de registrar lo que ocurre en nuestra época, pues una época se compone de muchos instantes.

Pero quisiera llamar la atención sobre el hecho de que el creador de este método, una vez más, soy yo. ¡Siempre yo! ¡Por todas partes: yo! ¡Esto es sencillamente asombroso! ¡Lo que los demás hacen con esfuerzo, yo lo hago con facilidad!

Hasta sé volar. Pero no voy a hablar de eso, porque de todas formas nadie me creería.

V

Cuando dos personas juegan al ajedrez, me parece que siempre hay una que engaña a la otra. Sobre todo si juegan por dinero.

En general, me disgustan los juegos donde se apuesta dinero. Prohíbo que se juegue en mi presencia.

A los apasionados de las cartas, los ejecutaría. Es el método más eficaz de lucha contra los juegos de azar.

En vez de jugar a las cartas, harían mejor en reunirse para darse lecciones de moral.

Pero de hecho, eso de las lecciones de moral es aburrido. Es más interesante cortejar a las mujeres.

Las mujeres siempre me han interesado. Siempre me turbaron las piernas femeninas, sobre todo por encima de la rodilla.

Muchos piensan que las mujeres son seres viciosos. ¡De ninguna manera! Yo, al contrario, considero que son muy agradables por ciertas partes.

¡Una mujer joven y regordeta! ¿En qué puede ser viciosa? ¡Eso es totalmente falso!

Los niños sí que son otra cosa. Se dice de ellos que son criaturas inocentes. Pero yo creo que aunque sean inocentes, no por eso dejan de ser menos abominables, sobre todo cuando bailan. Yo me marcho siempre de allí donde hay niños.

A Leonid Savielievich tampoco le gustan los niños. Yo fui quien le sugirió esos pensamientos.

Por lo general, todo lo que dice Leonid Savielievich yo lo dije antes.

Y no sólo Leonid Savielievich. Todos se alegran de poder captar aunque nada más sean retazos de mis pensamientos. Y eso hasta me parece divertido.

Ayer, por ejemplo, Oleinikov se acercó a mi casa para decirme que estaba completamente enmarañado en sus querellas existenciales. Le di algunos consejos antes de que se fuera. Gracias a mí, se marchó feliz y de muy buen humor.

Las gentes ven en mí un apoyo, repiten mis palabras, se sorprenden de mis actos, pero no me pagan por eso. ¡Cretinos! Traedme un poco más de dinero y veréis qué feliz me hará eso.

VI

Ahora, os diré algunas palabras acerca de Aleksandr Ivanovich.

Es charlatán y jugador. Pero la razón por la que lo aprecio es por serme muy servicial.

Día y noche, vela cerca de mí esperando la más mínima insinuación de mi parte para cumplir mis órdenes. Me basta con insinuarlo, y Aleksandr Ivanovich vuela como el viento para cumplir mi voluntad.

Así que le compré unos zapatos y le dije: «¡Toma, pónelos!» Y se los puso.

Cuando Aleksandr Ivanovich viene a las «Ediciones del Estado», todo el mundo bromea y dice que ha venido a pedir dinero.

Konstantin Ignatievich Drovatski se esconde bajo la mesa. Digo esto en un sentido alegórico.

A Aleksandr Ivanovich lo que más le gusta son los macarrones. Siempre los come con pan rallado y es capaz de comerse casi un kilo, y puede que mucho más.

Después de comerse los macarrones, Aleksandr Ivanovich dice que le entran náuseas y se tumba en el sofá. A veces, vomita los macarrones.

Aleksandr Ivanovich no come carne y no le gustan las mujeres. Aunque a veces, le gustan. Y hasta podríamos decir que le gustan con frecuencia.

Pero como las mujeres que le gustan a Aleksandr Ivanovich son todas feas, para mi gusto, vamos a considerar que no son ni mujeres.

Todo lo que yo digo es cierto.

No le aconsejaría a nadie que discuta conmigo: quedará como un cretino, porque yo siempre tengo la última palabra.

Y usted tampoco es rival para medirse conmigo. Otros mejores lo intentaron. ¡Y los tumbé a todos! Aunque parezca que no sé ni hablar, una vez

que empiezo ya no hay quien me pare.

Un día, comencé a hablar en casa de los Lipavski, ¡y me pasé! ¡Los maté de tanto hablar! Después, fui a casa de los Zabolotski, y también ahí acabé aturdiendo a todo el mundo. Más tarde fui a casa de los Schwartz, y también ahí los harté a todos. Finalmente, regresé a mi casa y allí aún me pasé hablando la mitad de la noche.

[1933-1934]



Yo nací en el arroyo. Como una rata. Mi madre me trajo al mundo y me dejó en el agua. Yo me puse a nadar. Un pez con cuatro pelos de bigote en la nariz giraba en torno a mí. Yo me puse a llorar. El pez también se puso a llorar. Repentinamente, vimos *kasha* flotando en el agua. Nos comimos aquel *kasha* y nos echamos a reír. Nos divertíamos mucho, nos dejamos llevar por la corriente y encontramos un cangrejo. Era un cangrejo muy viejo y muy sabio; tenía un hacha en sus pinzas. Detrás de él nadaba una rana completamente desnuda. «¿Por qué tú estás siempre desnuda?, le preguntó el cangrejo, ¿no tienes vergüenza?» «No hay nada de vergonzoso en esto, respondió la rana. ¿Por qué deberíamos tener vergüenza de este bello cuerpo que nos concedió la naturaleza, cuando no tenemos vergüenza de los infames comportamientos de que somos autores?» «Hablas sensatamente, dijo el cangrejo. Y no sé qué responderte. Le voy preguntar esto a un hombre, porque el hombre es más inteligente que nosotros. Nosotros sólo somos inteligentes en las fábulas en las que él nos describe, y una vez más parece que el inteligente es él, y no nosotros.» Entonces, el cangrejo me vio y dijo: «No hay necesidad de ir a buscarlo muy lejos, pues ahí está el hombre.» El cangrejo se acercó a mí y me preguntó: «¿Debe uno avergonzarse de su desnudez? Tú eres un hombre, respóndenos». «Yo soy un hombre y os respondo: no tenemos que avergonzarnos de nuestra desnudez».

[1934-1937]

RECUERDOS DE UN VIEJO SABIO

Yo fui un anciano muy sabio.

Actualmente, ya no es lo mismo, considerad incluso que no lo soy; pero hubo un tiempo en que no importa quién de vosotros hubiera venido a mí y, cualquiera que fuese el fardo que oprimía su alma, cualesquiera que fuesen los pecados que atormentaban sus pensamientos, yo lo hubiera acogido entre mis brazos y le habría dicho: «Hijo mío, consuélate, pues ningún fardo oprime tu alma, y en tu cuerpo no veo ningún pecado», y se hubiera marchado lleno de alegría y felicidad.

Yo era alto y fuerte. Las gentes que venían a mi encuentro en la calle se apartaban, y me abría paso entre la muchedumbre como una plancha.

Me besaban a menudo los pies, pero yo no protestaba: sabía que era digno de eso. ¿Por qué privar a las personas de honrarme? Yo mismo, además, teniendo un cuerpo de una flexibilidad excepcional, intenté una vez besarme mi propio pie. Me senté en un banco, cogí mi pie derecho con la mano y lo llevé a mi cara. Conseguí besar el dedo gordo. Me sentí muy feliz por aquello. Entonces comprendí la felicidad de los otros.

¡Todo el mundo se inclinaba ante mí! Y no sólo las personas, sino también los animales, e incluso toda clase de bichos se arrastraba ante mí moviendo la cola. ¡Y los gatos! Éstos me amaban con locura, y, agarrándose unos a otros de cierta manera por la pata, corrían ante mí cuando yo subía la escalera.

Por esa época, yo era efectivamente de una gran sabiduría y lo comprendía todo. No había ni una sola cosa que hubiera podido ponerme en apuros. Un solo minuto de esfuerzo bastaba a mi prodigiosa mente para resolver de la manera más sencilla del mundo la cuestión más compleja. Incluso una vez me llevaron al Instituto de encefalografía a fin de mostrarme ante sabios profesores. Estos midieron mi intelecto eléctricamente y se quedaron atónitos: «Nunca vimos nada semejante», dijeron.

Yo estaba casado, pero raramente veía a mi mujer. Ella me temía: la enormidad de mi mente la aplastaba. Ella no vivía, temblaba, y si yo la miraba, se sentía presa de hipo. Vivimos mucho tiempo juntos, pero un día, creo que ella desapareció en alguna parte; no me acuerdo con precisión. La memoria es,

ciertamente, un extraño fenómeno. ¡Qué difícil es memorizar algo, y qué fácil olvidarlo! O bien puede ocurrir esto: uno memoriza una cosa, y recuerda otra completamente distinta. O bien: uno memoriza algo con esfuerzo, pero sólidamente, y después, ya no consigue recordarlo. Eso también ocurre. Yo le aconsejaría a todo el mundo que trabajase con su memoria.

Yo siempre he sido ecuánime y nunca le pegué a nadie gratuitamente, porque cuando le pegamos a alguien, acabamos perdiendo el control y nos arriesgamos a dar la nota. A los niños, por ejemplo, jamás hay que corregirlos con un cuchillo o con objetos metálicos en general, mientras que a las mujeres, por el contrario, es conveniente no corregirlas nunca con los pies. Los animales, al parecer, soportan más. Pero yo tuve algunas experiencias en ese sentido y sé que eso no siempre es verdad.

Gracias a mi flexibilidad, soy el único en poder hacer ciertas cosas. Así, por ejemplo, conseguí recuperar un día de una tubería del alcantarillado el anillo de mi hermano que, casualmente, se había deslizado allí. Podía, por ejemplo, esconderme en un cesto relativamente pequeño y cerrar la tapa sobre mí.

¡Sí, por supuesto, yo era un fenómeno!

Mi hermano era mi exacto contrario: en primer lugar, era más alto, y en segundo lugar, más bruto.

Nosotros nunca nos llevábamos bien. Aunque, de hecho, nuestras relaciones eran buenas, e incluso excelentes. No, aquí, me he extraviado un poco: exactamente no nos llevábamos bien y discutíamos todo el tiempo. He aquí un ejemplo de nuestro malquisto. Yo estaba cerca de una tienda donde había azúcar y hacía la cola intentando no escuchar lo que se decía en torno a mí. Tenía un ligero dolor de muelas y estaba de mal humor. Debía de hacer mucho frío fuera, pues todo el mundo tiritaba a pesar de los forrados gabanes de piel. Yo también llevaba un gabán forrado, pero no tenía especialmente frío; en cambio, tenía las manos heladas porque debía sacarlas de los bolsillos a cada momento con el fin de trasladar la maleta, que había protegido entre las piernas para evitar que desapareciese. Súbitamente, me golpearon en el hombro. Aquello me sumió en una indignación indescriptible y, a la velocidad del relámpago, comencé a reflexionar en el modo de devolver la ofensa. En ese momento, me golpearon por segunda vez en el hombro. Me puse en guardia, pero decidí no volver la cabeza y fingir que no me había dado cuenta de nada.

Me limité, por si acaso, a coger la maleta con la mano. Siete minutos después más o menos, me golpearon por tercera vez en el hombro. Entonces me volví y vi ante mi a un hombre alto, de edad madura, que vestía un grueso y usado abrigo, pero todavía en buen estado.

—¿Qué quiere de mí? —le pregunté con una voz severa y ligeramente metálica.

—Y tú, ¿por qué no te vuelves cuando te llaman? —dijo él. Me había puesto a pensar en el sentido de sus palabras cuando de nuevo abrió la boca y dijo:

—¿Pero qué te ocurre? Vamos, ¿no me reconoces? Si soy tu hermano.

Me puse otra vez a pensar en sus palabras cuando de nuevo abrió la boca y dijo:

—Escucha, querido hermano. Me faltan cuatro rublos para comprar azúcar, y sería una estupidez abandonar la cola. Préstame un billete de cinco y después haremos cuentas. Me puse a pensar en la razón por la cual le faltaban cuatro rublos a mi hermano, pero me agarró por la manga y dijo:

—¿Entonces, qué? ¿Le prestas un poco de dinero a tu hermano?, y mientras decía eso, él mismo desabrochaba mi forrado gabán, hurgaba en mi bolsillo interior y sacaba de allí mi monedero.

—Pues bien, querido hermano —dijo—, te cojo una pequeña cantidad y mira, vuelvo a meterte el monedero en el abrigo.

Y deslizó el monedero en un bolsillo exterior del abrigo. Evidentemente, yo estaba muy sorprendido por haberme encontrado con mi hermano de manera tan inesperada. Permanecí callado un momento, después le pregunté:

—¿Y tú dónde has estado hasta ahora?

—Por ahí —respondió mi hermano indicando una dirección con la mano.

Me puse a pensar: ¿dónde podía ser «por ahí»? Pero mi hermano me golpeó con un codo y dijo:

—Mira, empiezan a entrar en la tienda.

Fuimos juntos hasta la puerta de la tienda, pero una vez dentro, me encontré solo, sin hermano. Abandoné por un minuto la cola a fin de echar un vistazo hacia fuera a través de la puerta. Pero a mi hermano no se le veía por ninguna parte.

Cuando quise volver a mi sitio en la cola, no me lo permitieron y me empujaron progresivamente hasta la calle. Entonces, tratando de domeñar mi

ira por tan malas costumbres, regresé a mi casa. Una vez en casa, pude comprobar que mi hermano había aligerado mi monedero de todo el dinero que contenía. Entonces me sentí terriblemente furioso contra él y a partir de ese día nunca más volvimos a reconciliarnos.

Yo vivía solo y no dejaba entrar en mi casa más que a los que venían a buscar consejo. Pero eran tan numerosos que, finalmente, yo no disponía de paz, ni de día ni de noche. En ocasiones, me fatigaba hasta tal punto que me tumbaba en el suelo para descansar. Permanecía tendido en el suelo hasta que me invadía el frío, y entonces saltaba sobre mis pies y comenzaba a correr por la habitación para entrar en calor. Poco después volvía a sentarme en el banco para ofrecerles mis consejos a los que lo necesitaban.

Entraban en mi casa uno tras otro, a veces incluso sin abrir la puerta. Yo encontraba divertido observar sus rostros atormentados. Hablaba con ellos haciendo grandes esfuerzos para no reírme.

En cierta ocasión, no pude contenerme y estallé en risas. Horrorizados, se precipitaron corriendo unos hacia la puerta, otros hacia la ventana, y otros más ciegamente a través de la pared.

Una vez solo, me alcé en mi poderosa estatura, abrí la boca y dije:

—Printimpram.

Pero algo se rompió en mí, y, desde ese momento, podéis considerar que ya no lo soy.

[1935-1937]



HISTORIA OCURRIDA A MI MUJER

Las piernas de mi mujer comenzaron a crisparse. Ella quería sentarse en un sillón, pero sus piernas la llevaron a otro lugar hacia el armario, y aún más lejos, antes de sentarla en una caja. Pero con un esfuerzo de voluntad, mi mujer se levantó y se dirigió a la habitación; sin embargo, una vez más sus piernas le jugaron una mala pasada y no consiguió llegar a la puerta. «¡Ah, al diablo!...», dijo mi mujer cayéndose de bruces bajo el escritorio. Y sus piernas continuaron haciendo de las suyas, hasta el punto de romper un cuenco de cristal que estaba en el suelo, a la entrada.

Finalmente, mi mujer pudo sentarse en el sofá.

—Lo conseguí —dijo mi mujer con una amplia sonrisa y quitándose las pequeñas virutas que se le habían adherido a la nariz.

[1936-1938]

Un día, Marina me dijo que Bola se metió en su cama. Quién era el Bola, o qué era, no conseguí saberlo.

* * *

Algunos días más tarde, volvió el Bola. Después, comenzó a venir con más frecuencia, aproximadamente cada tres días.

* * *

Yo no estaba en casa. Cuando regresé, Marina me dijo que Sinderiushkin había llamado y que iba a presentar una demanda contra mí. ¡Qué os parece eso, un tal Sinderiushkin iba a demandarme, a mí!

* * *

Marina compró manzanas. Nos comimos algunas después de la comida, y dejamos, creo, dos para la noche. Pero cuando por la noche me dispuse a coger mi manzana, ésta ya no estaba allí. Marina dijo que Misha, el camarero del café, había venido y que se había llevado las manzanas para hacer una ensalada. No necesitaba los cogollos y vació las manzanas directamente en nuestra habitación, tirando los cogollos en el cesto de los papeles.

* * *

Me enteré de que Bola, Sinderiushkin y Misha viven habitualmente en nuestra casa, en la cocina. No acabo de comprender cómo pudieron instalarse ahí.

* * *

Le pregunté a Marina por Bola, Sinderiushkin y Misha. Eludió las respuestas directas. Cuando le expresé mi temor de que esa pandilla parecía poco respetable, Marina me aseguró que tenían unos «corazones de oro». No conseguí nada más de Marina.

* * *

Con el tiempo, llegué a saber que esos «corazones de oro» no tenían todos el mismo grado de preparación. O más bien, que Bola tuvo una preparación secundaria, mientras que Sinderiushkin y Misha no la tuvieron en

absoluto. Bola hasta es autor de obras científicas. Y por eso mira a los otros «corazones de oro» por encima del hombro.

* * *

Me hubiera gustado conocer los trabajos científicos de Bola. Pero seguían siéndome ajenos. Marina dice que nació con la pluma en la mano, aunque no da ningún detalle sobre su actividad científica. La acosé a preguntas, y he acabado por saber que él estuvo más bien en una zapatería. Pero no conseguí saber si eso tenía una relación con su actividad científica.

* * *

Un día, supe que los «corazones de oro» tendrían una velada. Fueron a escote y compraron una anguila en escabeche. Misha aportó una botella de vodka. Habitualmente, a Misha le gusta echarse un trago.

* * *

Bola tiene botas de corcho.

* * *

Una noche, Marina me dijo que Sinderiushkin me había tratado de canalla porque le había zurrado de lo lindo. Yo me enfadé, también, y le dije a Marina que le transmitiese a Sinderiushkin que dejase de golpearme en las piernas.

EMOCIÓN PERSONAL DE UN MÚSICO

Dijeron que yo era un monstruo.

¿Es verdad?

No, eso no es verdad. Y no voy a aportar la prueba.

* * *

Oí como mi mujer le decía por teléfono a un tal Mishu que yo era estúpido.

En ese momento, yo estaba tendido bajo la cama y no podían verme.

¡Oh, lo que sentí en ese momento!

Quería saltar de mi escondite y gritar: «No, yo no soy estúpido».

¡Imagino la que se habría armado!

* * *

Me había tendido de nuevo bajo la cama y no podían verme.

Pero yo, por el contrario, veía todo lo que el tal Mishu en cuestión hacía con mi mujer.

* * *

Hoy, mi mujer recibió de nuevo a ese tal Mishu.

Comienzo a pensar que estoy a punto de pasar a un segundo plano para mi mujer.

Mishu incluso hurgó en los cajones de mi escritorio.

Yo estaba tendido bajo la cama y no podían verme.

* * *

Yo estaba tendido de nuevo bajo la cama y no podían verme.

Mi mujer y Mishu hablaban de mí en los términos más desagradables.

No pude aguantarlo más y les grité que no paraban de mentir.

* * *

Hace ya cinco días que me zurraron de lo lindo y aún me duelen los huesos.

D.Ch.
[1935-1936]



Una de las principales fuentes de divergencia en la conducta humana es la inclinación por las mujeres o bien delgadas, o bien gordas.

* * *

Estaría bien reservar en los parques públicos senderos para los paseos tranquilos, con bancos para dos personas dispuestos a dos metros de intervalo, y plantar además entre esos bancos espesos matorrales, a fin de que quien está sentado en un banco no vea lo que pasa en el otro.

Esos tranquilos senderos deben estar regidos por las reglas siguientes:

1) La entrada le será prohibida a los niños, ya solos o acompañados. 2) Prohibición de hacer ruido o hablar en voz alta. 3) Sólo una mujer tiene derecho a sentarse en un banco donde se encuentre un hombre, y sólo un hombre en el que se encuentre una mujer. 4) Si quien está sentado en el banco posa su mano o algún objeto sobre el lugar libre a su lado, no hay que sentarse ahí.

Hay que reservar igualmente senderos para los paseos solitarios con asientos de una sola plaza. Entre esos asientos, habrá matorrales. Están prohibidos: los niños, el ruido y las conversaciones en voz alta.

* * *

Las mujeres bellas no se pasean por los parques.

[1936]

ARTÍCULO

El emperador Aleksandr Wilberdatt tuvo razón al vallar un espacio aparte para los niños y sus madres donde debían permanecer acantonados. A las mujeres embarazadas también se las colocaba allí, detrás de la valla, de manera que no pudiesen ofender la vista de la tranquila población debido a su aspecto innoble.

El gran emperador Aleksandr Wilberdatt comprendía la naturaleza profunda de los niños tanto como el pintor flamenco Teniers, sabía que los niños son en el mejor de los casos pequeños ancianos crueles y caprichosos. La inclinación por los niños es casi la misma que la inclinación por los fetos, y la inclinación por los fetos es casi la misma que la inclinación por los excrementos.

Resulta poco razonable vanagloriarse: «Soy un hombre bueno porque me gustan los fetos o me gusta defecar». Y es igualmente poco razonable vanagloriarse: «Soy un hombre bueno porque me gustan los niños.»

El gran emperador Aleksandr Wilberdatt, ante la visión de un niño, comenzaba inmediatamente a vomitar, lo que no le impedía en modo alguno ser un hombre excelente. Conocí a una dama que se decía dispuesta a pasar la noche en una cuadra, en un establo con los cerdos, en una madriguera de zorro, o en cualquier otro lugar, salvo allí donde huele a un niño. Sí, verdaderamente, es el olor más infecto que existe, y aún diré más: el más ofensivo.

La presencia de niños es ofensiva para un adulto. Así, en la época del gran emperador Aleksandr Wilberdatt mostrarle un niño a un adulto era considerado como la ofensa suprema. Era más grave que escupir al rostro de alguien y alcanzarle para colmo, digamos, en la nariz. Era costumbre retarse a un duelo sangriento por «ofensa de niño».

[1936-1938]

DE CÓMO FUI VISITADO POR LOS MENSAJEROS

El péndulo dejó oír un extraño chirrido y los mensajeros llegaron a mi casa. Tardé en comprender que los mensajeros habían llegado. Lo primero que pensé fue que se había estropeado el reloj. Pero pude ver que continuaba marchando e indicaba con toda probabilidad la hora exacta. Entonces concluí que había una corriente de aire en la habitación. Estaba muy sorprendido: ¿cuál era, pues, ese fenómeno cuyo origen podía ser tanto el desajuste de un reloj como una corriente de aire en la habitación? Pensaba en eso mientras seguía mirando al reloj, sentado en una silla cerca del diván. El minuterero estaba sobre el nueve, y la aguja de las horas cerca del cuatro: por tanto, eran las cuatro menos cuarto. Bajo el reloj había un calendario cuyas hojas se agitaban, como si un fuerte viento soprase en la pieza. Mi corazón latía agitado y temí perder el conocimiento.

—Tengo que beber agua —me dije.

Cerca de mí, en una mesilla, había un jarro de agua. Tendí la mano para coger aquel jarro.

—El agua puede ayudarme —me dije—, mirándola.

Entonces comprendí que habían llegado los mensajeros, pero no conseguía distinguirlos del agua. Temía beber porque hubiera podido tragar un mensajero por error. ¿Qué significa esto? Esto no significa nada. Sólo podemos beber líquidos. ¿Acaso los mensajeros son líquidos? No. No hay nada que temer, puedo beber agua tranquilamente. Pero no conseguí encontrarla. Recorrí la pieza buscándola. Intenté meterme un cinto en la boca, pero no era agua. Me metí el calendario en la boca, pero tampoco era agua. Olvidé el asunto del agua y me puse a buscar a los mensajeros. Pero ¿cómo encontrarlos? ¿A qué se parecen? Recordé que no podía distinguirlos del agua, lo cual quiere decir que se parecen a ella. Pero ¿a qué se parece el agua?

Me quedé allí pensando.

No sé cuánto tiempo me quedé allí pensando, pero de pronto, me sobresalté:

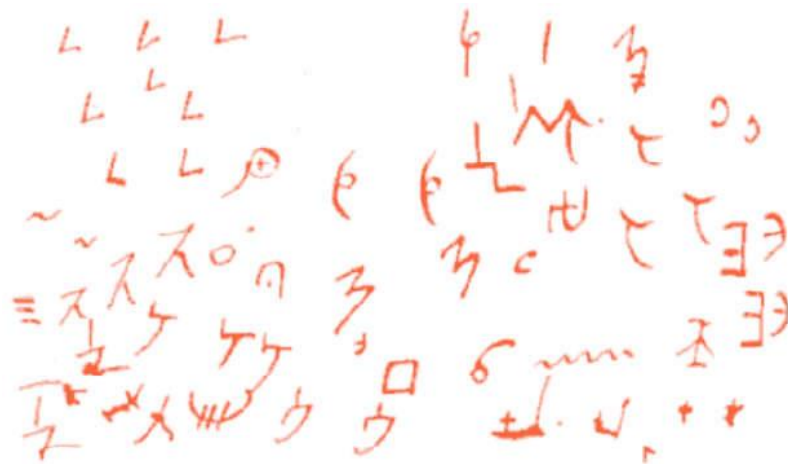
—¡Al fin, el agua! —me dije. Pero aquello no era agua, sencillamente me picaba una oreja.

Me puse a mirar bajo el armario y bajo la cama con la intención, por lo menos, de encontrar agua o a un mensajero. Pero bajo el armario, entre el polvo, sólo encontré una pelota roída por el perro, y, bajo la cama, algunos trozos de cristal.

Bajo la silla, encontré una croqueta mordisqueada. Me la comí y me sentí mejor. El viento ya no soplaba y el reloj con su tic-tac tranquilo indicaba la hora exacta: las cuatro menos cuarto.

—O sea, que los mensajeros ya se han ido —me dije—, y comencé a vestirme para ir a casa de unos amigos.

Daniil Charms
22 de agosto 1937



PASACALLE N° 1

El agua tranquila se mece a mis pies.

Yo contemplaba las sombrías aguas y miraba el cielo.

Aquí, en este preciso lugar, Ligudim me explicará el método de la formación de objetos inexistentes.

Esperaré hasta las cinco, y si Ligudim no aparece entre estos árboles en ese lapso de tiempo, me iré. Esta espera se convierte en una ofensa. Ya hace dos horas que estoy aquí y que el agua tranquila se mece a mis pies.

Metí un bastón en el agua. Y repentinamente, bajo el agua, alguien lo agarró y tiró con fuerza del mismo. Abrí las manos, y el bastón de madera desapareció en el agua con tal ímpetu que hasta se oyó un silbido.

Me quedé desamparado y asustado cerca del agua.

* * *

Ligudim llegó a las cinco. Eran exactamente las cinco porque un tren pasó a gran velocidad por la otra orilla: pasa lanzado todos los días justamente a las cinco cerca de la casucha que se ve a lo lejos.

Ligudim me preguntó por qué estaba tan pálido. Se lo dije. Transcurrieron cuatro minutos, durante los cuales Ligudim se ensimismó en el agua sombría. Después dijo: «Esto no necesita método. Podemos asustar a los niños con cosas así, pero para nosotros, carece de interés. No somos coleccionistas de temas fantásticos. Sólo los comportamientos insensatos son gratos a nuestro corazón. El arte popular y Hoffmann nos desagradan. Entre estos fenómenos y nosotros se interpone una pared.»

Ligudim movió la cabeza y, reculando, desapareció de mi campo de visión.

10 de noviembre 1937



EL CUADERNO

Me dieron una bofetada.

Yo estaba sentado cerca de la ventana. Repentinamente, alguien silbó en la calle. Me asomé a la ventana y recibí una bofetada. Me eché hacia atrás para esconderme en la casa.

Y ahora, tengo la mejilla ardiendo, como se decía antaño, por un indeleble oprobio. Sólo había sentido este dolor de la ofensa en el pasado. Y eso había ocurrido así: una hermosa dama, la hija ilegítima de un rey, me había regalado un espléndido cuaderno. Fue para mí una verdadera fiesta: ¡aquel cuaderno era tan bello! Me senté y me puse inmediatamente a escribir versos. Pero cuando aquella dama, la hija ilegítima del rey, se dio cuenta de que yo escribía borradores en el cuaderno, dijo: «Si supiese que ibais a escribir ahí vuestros borradores sin talento, nunca os hubiera regalado ese cuaderno. Creí, en efecto, que os serviría para anotar las frases inteligentes y útiles sacadas de vuestras distintas lecturas».

Arranqué las hojas que había rellenado y le devolví el cuaderno a la dama.

Y ya veis, ahora, cuando me dieron esa bofetada a través de la ventana, tuve el mismo sentimiento que había experimentado al devolverle a la dama su espléndido cuaderno.

12 de oct. 1938

Me llaman el capuchino. Por eso, le arrancaría las orejas a quienquiera que fuese, pero por ahora, hay algo que no me deja en paz, y es la gloria de Jean-Jacques Rousseau. ¿Cómo es posible que él lo supiera todo? ¡Lo mismo ponerle pañales a los niños como casar a las chicas! A mí también me gustaría saberlo todo como él. De hecho, lo sé todo, pero no estoy seguro de mis conocimientos. A propósito de los niños, sé de manera segura que no es ponerle pañales lo que hay que hacer con ellos, sino eliminarlos. Para ese fin, construiré en la ciudad una fosa central donde arrojaré a los niños. Y para evitar que de la fosa se eleve el fétido olor de la putrefacción, bastará con arrojar cada semana cal viva. A esa misma fosa, arrojaré a los campesinos alemanes. Ahora, a propósito del casamiento de las chicas. En mi opinión, es más sencillo: construiré un lugar público donde se reunirán los jóvenes, digamos, una vez al mes. De diecisiete a treinta y cinco años, todo el mundo habrá de desnudarse completamente y recorrer la sala. Si alguien le gusta a alguien, la pareja se retirará a un rincón, donde se examinará detalladamente. Olvidaba decir que todos habrán de llevar al cuello un pequeño cartel con su nombre, apellidos y dirección. Después, se podrá enviar una carta a la persona de su elección y profundizar en el conocimiento. Y si un viejo o una vieja se entromete en estas historias, propongo acabar con ellos a hachazos y arrastrarlos al mismo lugar de los niños, a la fosa central.

Me gustaría seguir hablando de los conocimientos que tengo pero, lamentablemente, debo ir a la tienda a comprar tabaco. En la calle, llevo siempre conmigo un nudoso y grueso bastón. Lo llevo para vapulear a los niños que se enredan entre mis piernas. Debe ser por eso por lo que me llaman el capuchino. ¡Pero esperad, cerdos, que voy a arrancaros las orejas!

12 de octubre 1938

Yo levantaba polvo. Unos niños corrían tras de mí, desgarrando sus ropas. Viejos y viejas caían de los tejados. Yo silbaba, gruñía, chasqueaba los dientes y golpeaba el suelo con mi bastón de hierro. Andrajosos niños volaban más que corrían en mi persecución, y, sin poder alcanzarme, acababan rompiéndose sus delgadas piernas. Viejos y viejas trotaban y daban vueltas en torno a mí. ¡Adelante! Los niños, sucios y raquíticos, como setas venenosas, se enredaban entre mis piernas. Me costaba correr. Tropezaba a cada momento e incluso, una vez, a punto estuve de caer en una blanda papilla de viejos y viejas que se revolcaban en la tierra. Salté, arrancando algunas cabezas de setas venenosas, y pisé el vientre de una vieja flaca que reventó ruidosamente mientras decía: «Me matan». Sin mirar atrás, proseguí mi carrera. Ahora, bajo mis pies se extendía una calzada limpia y lisa. Algunas farolas iluminaban mi camino. Llegué a una sauna. Su acogedora luz parpadeaba ante mí y un vapor confortable, pero sofocante, penetraba ya por mi nariz, oídos y boca. Sin desnudarme atravesé el vestuario, pasé junto a los grifos, palanganas y tarimas, y me dirigí directamente a una litera. Me envolvió una nube cálida y blanca. Escuché un sonido débil pero persistente. Al parecer estoy tumbado.

... Y en ese momento, un poderoso descanso suspendió los latidos de mi corazón.

1 de febr. 1939

Es cruel envenenar a los niños. Pero algo hay que hacer.

* * *

Yo sólo respeto a las mujeres jóvenes, sanas y gordas. Los demás representantes del género humano sólo despiertan sospechas en mí.

* * *

A las viejas imbuidas de razonables pensamientos, habría que cogerlas a lazo.

* * *

Cualquier pensamiento razonable suscita en mí un sentimiento de desagrado.

* * *

¿Y qué con las flores? Entre las piernas de la mujer, el olor es sensiblemente mejor. En los dos casos, es naturaleza; por eso mis palabras no pueden sorprender a nadie.

* * *

No me gustan los niños, ni los viejos, ni las viejas ni las personas mayores razonables.

A PROPÓSITO DE NUESTROS HUÉSPEDES

Nuestros huéspedes son todos diferentes: hay uno, por ejemplo, que tiene una de esas caras... Sería difícil inventar una peor. Y también hay una dama que viene a nuestra casa, de la cual, sería sencilla y completamente ridículo decir a qué se parece. También hay un poeta que viene por aquí: una cabellera monstruosa, y siempre inquieto. ¡Para partirse de risa! Y, además, también hay un ingeniero que aparece por aquí, el cual, en una ocasión, encontró una porquería en su té. Y cuando estos huéspedes ya llevan un buen rato en casa, los pongo sencillamente de patitas en la calle. Eso es todo.



Cuando veo a alguien, tengo ganas de golpearle en los morros. ¡Es magnífico golpearle a alguien en los morros! Estoy sentado en mi habitación y no hago nada.

Alguien viene a visitarme; llama a la puerta. Digo: «¡Entre!» Él entra y dice: «¡Buenos días! ¡Qué suerte encontrarte en casa!» Y yo, ¡pimpampum! en los morros, y todavía una patada en el perineo. Un dolor espantoso hace caer a mi huésped del revés. ¡Y yo le aplasto los ojos a patadas! ¡No tienes nada que hacer aquí, digo, cuando nadie te ha invitado!

O de esta otra manera: le propongo a mi huésped una taza de té. El huésped acepta, se sienta a la mesa y bebe su té mientras cuenta algo. Pongo

cara de que le escucho con un gran interés, le muestro aquiescencia con la cabeza, suelto una exclamación, pongo ojos de incredulidad y bromeo. El huésped, halagado por mi atención, se embala cada vez más.

Entonces, le derramo encima una taza llena y le rocío los morros con agua hirviendo. El huésped da un brinco y se agarra la cara con las manos. Y yo le digo: «Ya no hay virtud en mi alma. ¡Lárgate!» Y le echo fuera.

[1939-1940]

Yo no me he tapado los oídos. En cambio, todos ellos se los taparon, y sólo yo no me los he tapado, y por eso soy el único que lo ha oído todo. Además, yo, no me puse una venda en los ojos, como hicieron todos ellos. Y por eso yo lo vi todo. Sí, sólo yo lo oí todo y lo vi todo. Pero desgraciadamente, no comprendí nada, y es por lo que, de hecho, ignoro qué valor atribuir a eso que he sido el único en ver y oír. Ni siquiera pude retener lo que había visto y oído. Recuerdos fragmentarios, retazos y sonidos carentes de sentido. Un conductor de tranvía pasó corriendo y, tras él, una dama anciana con una injuria en los labios. Alguien dijo: «... probablemente bajo el sofá...» Una joven judía desnuda separa las piernas y vierte una taza de leche sobre sus órganos genitales. La leche gotea en un plato hondo. Del plato, la leche es trasvasada de nuevo a la taza y me la ofrece a beber. Bebo; la leche huele a queso... La joven judía desnuda está sentada ante mí, abierta de piernas, sus órganos genitales están embadurnados de leche. Ella se inclina hacia delante y observa sus órganos genitales. De sus órganos genitales comienza a fluir un líquido transparente y espeso... Atravieso un patio bastante grande y sombrío. En ese patio, hay altos montones de madera cortada. De detrás de la madera asoma un rostro. Ya sé: es Limonin que me vigila. Acecha si no iré a casa de su mujer. Tuerzo a la derecha y desemboco en la calle por la puerta de entrada. De la puerta cochera asoma el rostro feliz de Limonin... La mujer de Limonin me propone vodka. Bebo cuatro vasos, me como unas sardinas y comienzo a pensar en la joven judía desnuda. La mujer de Limonin reposa su cabeza sobre mis rodillas. Yo aún bebo un vaso y enciendo mi pipa. «Estás triste hoy», me dice la mujer de Limonin. Le contesto con una simpleza y regreso a la joven judía.

[1940]

¡Con qué facilidad puede el hombre enredarse en cosas insignificantes! Podemos pasarnos horas de la mesa al armario y del armario al diván sin encontrar salida. Hasta podemos olvidar donde nos encontramos y lanzar flechas contra un pequeño armario adosado a la pared. «¡Eh! ¡Armario!», podemos gritarle, «¡Vas a ver!» Aunque también podemos tumbarnos en el suelo y examinar el polvo. También ahí existe inspiración. Es mejor hacer esto siguiendo su reloj y regulando el tiempo. Es verdad que es difícil de determinar los plazos, ¿pues qué plazos puede tener el polvo?

Y aún es mejor contemplar una palangana llena de agua. Siempre es útil e instructivo observar el agua. E incluso si ahí no vemos absolutamente nada, es lo mismo. Contemplamos el agua, no vemos nada y, después, comenzamos a aburrirnos. Pero nos consolamos con el hecho de que cuando menos hemos llevado a cabo una buena acción. Contamos por los dedos. Pero ignoramos lo que hemos contado, porque ¿acaso el agua se deja contar?



REHABILITACIÓN

Puedo decir sin vanagloriarme que cuando Volodia me golpeó en la oreja y me escupió en la cara, le di tal puñetazo que no lo olvidará jamás. Sólo más tarde le golpeé con el hornillo; y con la plancha, por la noche. Sin embargo, no se murió pronto. Como lo prueba que tuve que cortarle todavía una pierna por la mañana. En ese momento, aún estaba vivo. A Andriusha lo maté a causa del arrebató, y eso, no puedo reprochármelo. ¿Por qué Andriusha y Elizavieta Antonovna me han caído bajo la mano? No tenían que haber salido de esa manera de detrás de la puerta. Me acusan de ser sanguinario; dicen que bebía la sangre, pero eso es falso: yo lamía los charcos y las manchas de sangre; es una necesidad natural en el hombre borrar las huellas de su crimen, por muy fútil que sea éste. Además, yo no violé a Elizavieta Antonovna. En primer lugar ella ya no era virgen, y en segundo lugar, yo lo hice con un cadáver; ella no es, pues, de compadecer. ¿Y qué importancia tiene que estuviese a punto de parir? Pues bien, justamente, yo retiré el niño. Y que no le haya sido concedido vivir en esta tierra, eso ya no es culpa mía. Bueno, le arranqué la cabeza; la razón es que tenía un cuello muy fino. No estaba hecho para la vida de aquí abajo. Es verdad que, con mi bota, reventé a su perro contra el suelo. Pero ciertamente es un cinismo acusarme de matar a un perro, cuando exactamente al lado, podemos decir que había tres vidas humanas destrozadas. Sin contar el niño. Bueno, está bien: en todo esto, admito que pueda discernirse una cierta crueldad de mi parte. Pero considerar como un crimen el hecho de que yo haya defecado sobre mis víctimas, eso, perdonadme, es absurdo. Defecar es una necesidad natural y, en consecuencia, no hay en eso absolutamente nada de criminal. Así, pues, comprendo los temores de mi defensor, pero cuento sin embargo con una absolución completa.

Daniil Charms.



EL CUADERNO AZUL

Un día, vi cómo se enzarzaban una mosca y una chinche. Fue tan horrible que salí corriendo a la calle y huí al quinto infierno.

También en este cuaderno: vas a frangollarlo todo, y, después, será demasiado tarde.

Charms

23 de agosto 1936

1) Mi opinión sobre los viajes, en resumen: Cuando viajamos, no debemos ir muy lejos, sino podemos ver cosas que después será imposible olvidar. Y si un recuerdo se hace obsesivo durante mucho tiempo, el hombre comienza a sentirse mal, y después, se hace verdaderamente muy difícil para él mantener su vivacidad de espíritu.

2) Así, por ejemplo: un maestro relojero, el camarada Badaev, no podía olvidar esta frase que escuchó un día: «Si el cielo fuese curvo, no por eso sería más bajo». El camarada Badaev no podía discernir claramente el sentido de esa frase, la misma le irritaba, y la encontraba incoherente, desprovista de significado e incluso nociva, porque contenía una afirmación con toda evidencia falsa (el camarada Badaev creía que un físico erudito hubiese podido decir algo a propósito de la «altura del cielo» y se hubiese aferrado a la expresión «cielo curvo»). El camarada Badaev sabía que si esa frase llegase a oídos de Perlman, éste hubiese triturado el sentido de esas palabras, como un cachorro destroza unas pantuflas), sin ninguna duda hostil al común pensamiento europeo. Y si la afirmación contenida en esa frase hubiese sido justa, entonces sería tan despreciable y fútil que no merecía la pena hablar de ella. Y de cualquier modo, habiendo oído una vez esa frase, había que olvidarla al momento. Pero no, ese no era el caso: el camarada Badaev se acordaba permanentemente de esa frase y sufría mucho por ello.

3) Es útil para un hombre no saber lo que hace falta. Puedo dar como ejemplo el hecho siguiente: una persona sabía algo más de lo necesario, y otra un poco menos. ¿Y qué ocurrió? El que sabía un poco menos se enriqueció, mientras que el que sabía un poco más pasó toda su vida desahogadamente en el retrete.

4) Desde tiempos muy antiguos, la gente se pregunta qué es la inteligencia y qué la estupidez. A ese propósito, recuerdo el hecho siguiente. Cuando mi tía me regaló una mesa de trabajo, me dije: «Pues bien, voy a sentarme, y el primer pensamiento que concebiré en esta mesa será especialmente inteligente». Pero no conseguí concebir ningún pensamiento especialmente inteligente. Entonces me dije: «Bien. No conseguí concebir ningún pensamiento especialmente inteligente, pero voy a concebir uno especialmente estúpido.» Pero tampoco pude concebir un pensamiento especialmente estúpido.

5) Todo lo que es extremo es muy difícil de hacer. Las partes medianas se

hacen más fácilmente. El centro mismo no requiere ningún esfuerzo. El centro es el equilibrio. Ahí no hay ninguna lucha.

6) ¿Hay que abandonar el equilibrio?

7) Al viajar, no te dejes llevar por la ensoñación, pero da libre curso a tu imaginación y presta atención a todo, incluso a las minucias.

8) Sentado en tu asiento, no agites las piernas.

9) Cualquier sabiduría sólo es buena si alguien la comprende. Una sabiduría que no ha sido comprendida puede devenir polvorienta.

10) Había una vez un hombre pelirrojo, que no tenía ojos ni orejas. Tampoco tenía cabellos y sólo por convención le decían pelirrojo. No podía hablar porque no tenía boca. Tampoco tenía nariz. Además no tenía ni brazos ni piernas. Ni tampoco tenía vientre, ni tampoco espalda, ni columna vertebral, ni tampoco entrañas. ¡No tenía nada en absoluto! De modo que nos preguntamos de qué estamos hablando. Es, pues, preferible no añadir nada a ese respecto.

7 de enero 1937

11) Una abuela sólo tenía en la boca cuatro dientes. Tres dientes arriba y, uno, abajo. Con esos dientes, la abuela no podía masticar. A decir verdad, no le servían para nada. La abuela decidió entonces arrancarse todos los dientes y colocar en la encía inferior un sacacorchos y, en la superior, una pequeña pinza. La abuela bebía tinta, comía remolachas y se limpiaba los oídos con cerillas. La abuela tenía cuatro liebres. Tres liebres arriba y una abajo. La abuela cogía las liebres con la mano y las metía en pequeñas jaulas. Las liebres lloraban y se rascaban la oreja con su pata posterior. Las liebres bebían tinta y comían remolachas.

¡Sé-sé-sé! Las liebres bebían tinta y comían remolachas.

12) Un tal Pantelei le dio un taconazo a Ivan.

Un tal Ivan le dio un tabancazo a Natalia.

Una tal Natalia le dio un bozalazo a Semion.

Un tal Semion le dio un palanganazo a Selifan.

Un tal Selifan le dio un gabanazo a Nikita.

Un tal Nikita le dio un tablazo a Roman.

Un tal Roman le dio un palazo a Tatiana.

Una tal Tatiana le dio un cantarazo a Helena.

Y estalló la trifulca.

Tatiana golpeaba a Roman con un colchón.
 Roman golpeaba a Nikita con una maleta.
 Nikita golpeaba a Selifan con una bandeja.
 Selifan golpeaba a Semion con las manos.
 Semion escupía en las orejas de Natalia.
 Natalia mordía a Ivan en el dedo.
 Ivan martillaba a Pantelei con el tacón.
 Ah, pensamos, se trata de bravucones que se pelean.

13) Una muchachita dijo: «gvia».

Y otra muchachita dijo: «khfy».

Una tercera muchachita dijo: «mbriu».

Y bajo la empalizada, Ermakov se afanaba con la col, se afanaba y volvía a afanarse.

Visiblemente, caía la noche.

Después de haber jugado con mierda, Motka se fue a dormir.

Lloviznaba.

Los cerdos comían guisantes.

Ragozin miraba de soslayo en las saunas de mujeres.

Senka se follaba a Manka.

Manka, por su parte, comenzaba a dormir.

El cielo se oscureció. Las estrellas brillan.

Bajo el entarimado, las ratas desgarraron a un ratón. Duerme, mi pequeño, y no temas los sueños estúpidos.

Los sueños estúpidos vienen del estómago.

14) ¡Afeitáros barba y bigotes!

No sois chivos para llevar barba.

No sois gatos para estremecer los bigotes.

No sois setas para llevar sombreros.

¡Ah!, ¡señoritas!

¡Quitáos vuestros sombreritos!

¡Ah!, ¡bellísimas!

¡Despojáos de vuestras minifaldas!

Vamos, tú, Manka Marusin,

Monta, pues, sobre Petka Elabonin.

Cortaos, muchachas, vuestras trenzas.

No sois cebras para correr con una cola.

Vosotras, chicas, tan rellenas,

Invitadnos a los días de fiesta.

Llevadme con lo ojos vendados.

No iré con los ojos vendados.

Dejadme ver e iré solo.

No me retengáis por la mano.

Esta mano, la tendré lista.

Apartaos, espectadores estúpidos,

Ahora voy a aplicar los pies.

Pasaré sin tambalearme por una sola mitad,

Correré sin caer por la cornisa.

No contradecirme. Por compasión.

Vuestros temerosos ojos son desagradables a los dioses. Vuestras bocas se abren sin venir a cuento.

Vuestras narices no conocen los olores vibrantes.

Comed vuestra sopa, es una ocupación para vosotros. Barred vuestra habitación, como viene siendo desde tiempos inmemoriales.

Pero retiradme, pues, estos vendajes y ataduras,

Yo me alimento de sal, y vosotros de azúcar.

Yo tengo mis jardines y huertos.

En mi jardín pasta mi cabra.

En mi cofre tengo un gorro de seda.

No contradecirme, yo soy por mí mismo, y para mí, vosotros sólo sois un poco de humo.

8 de enero 1937

* * *

16) Hoy no escribí nada. Eso no es grave.

9 de enero

* * *

17) Dimitri emitía sonidos quejumbrosos.

Anna sollozaba, con la cabeza hundida en la almohada.

Mania lloraba.

18)—¡Fedia! ¡Eh, Fedia!

—¿Qué pasa?

—¡Yo te voy a dar qué pasa!

—¿De qué se trata?

—¡Ah!, ¡hijo de puta! ¡Y tú aún preguntas de qué se trata!

—¿Pero qué quieres de mí?

—¿Habéis visto? ¿Qué quiero de él? Por esas palabras, cerdo, te voy a...

¡Te voy a mandar tan lejos que vas a aterrizar donde sabes!

—¿Dónde?

—En el orinal.

(Silencio).

—¡Fedia! ¡Eh, Fedia!

—Pero qué te pasa, ¿has perdido la razón?

—¡Ah! ¡Ah! ¡Repite lo que acabas de decir!

—No, no lo repetiré.

—¡Eres poco interesante! ¡Cada uno en su sitio!

¡Desde luego! ¡A pesar de todo!

23 de febrero 1937

20) Me atraganté con un hueso de cordero.

Me cogieron en brazos y me sacaron de la mesa.

Me puse a pensar.

Un ratón pasó por allí.

Tras el ratón corría Ivan con un bastón largo.

Una vieja curiosa miraba por la ventana.

Al pasar cerca de la vieja, Ivan le dio un bastonazo en la jeta.
 Después del paseo entré en mi casa,
 ¡Dios mío!, exclamé de repente.
 Cuatro días me he paseado,
 los míos, ¿qué van a pensar?
 En el campo de la vida hemos perecido Cualquier gracia no es más que
 quimera.
 Nuestros sueños de felicidad se han callado
 sólo nos queda la miseria.

3 de abril 1937

23) Poseer inteligencia y talento, es poca cosa. Hay que tener además
 energía, un interés real, un pensamiento puro y el sentido del deber.

24) Anoto aquí los acontecimientos del día de hoy porque son chocantes.
 Donde crea que un acontecimiento es chocante lo subrayaré.

1) Ayer, no hemos comido nada. 2) Esta mañana en la caja de ahorros,
 retiré 10 rublos, y dejé 5 a fin de no cerrar la cuenta. 3) Pasé por casa de Jitkov y
 le pedí prestados 60 rublos. 4) Regresé a casa e hice las compras por el camino.
 5) El tiempo es soberbio, primaveral. 6) Con Marina, equipados de una bolsa
 con sandwiches y una cantimplora de vino tinto rebajado con agua, fuimos a la
 pagoda budista. 7) Ya de regreso, entramos en una tienda de ocasión y *vimos*
allí un armonio Schiedmayer de dos teclados, una copia del de la Filarmonía.
Precio: 900 rublos ¡Únicamente! ¡Pero hace una media hora, alguien lo ha
comprado! En casa de Aleksandr, vi una soberbia pipa. 85 rublos. 8) Fuimos a
 casa de Jitkov. 9) Con Jitkov, dimos con quien había comprado el armonio y
 fuimos a la dirección: Levinski, calle Pesochnaia 31, apt. 46. 10) No
 conseguimos recomprarlo. 11) Pasamos la noche en casa de Jitkov.

4 de abril

25) Mucha ociosidad y holganza. Abre cada día este cuaderno y llena
 media página. Si no hay nada que escribir, entonces escribe al menos, según el
 consejo de Gógol, que hoy no tienes inspiración. Escribe siempre con interés, y
 considera la escritura como una fiesta.

11 de abril 1937

26) [Súbitamente, de manera inesperada, Fonariov se hizo rico. Tuvo de golpe la posibilidad de vestirse correctamente, de hacer arreglos en su casa, de amueblarla de caros objetos comprados en tiendas de ocasión, después de lo cual aún le quedaba, a pesar de todo, bastante dinero para comer cada día en una buena cantina vegetariana e ir por la noche a un buffet caucasiano, donde se quedaba hasta que echaban el cierre. Cuando Fonariov aún era pobre, tenía muchos amigos. Algunos días, Fonariov no tenía nada que comer. Por el contrario, ocurría también que Rubanov llegaba hambriento a casa de Fonariov. Y si tampoco había nada en casa de Fonariov, iban juntos a casa de Weitel, el cual les daba de comer. Si tampoco había nada en casa de Weitel, entonces iban los tres a casa de Minaev (familiar del célebre poeta Minaev). Pero Minaev casi nunca tenía dinero. Por el contrario, tenía la biblioteca que le había dejado su célebre pariente.]

27) Así comienza el hambre:

Por la mañana nos despertamos con ansia,
Después comienza la debilidad,
Y a ésta le sigue el tedio;
Entonces empezamos a perder
La fuerza y la rapidez mental;
Y pronto sobreviene la serenidad;
Y sólo a continuación comienza el horror.

28) Las ensoñaciones serán tu pérdida.

Tu interés por una vida austera
Como humo desaparecerá. Y entonces
El enviado celestial no descenderá a ti.
Se marchitarán, pasarán deseos y pasiones,
Y de la juventud la ardiente reflexión.
¡Deja, amigo mío! Deja esas ensoñaciones,
Y libera tu espíritu de la muerte.

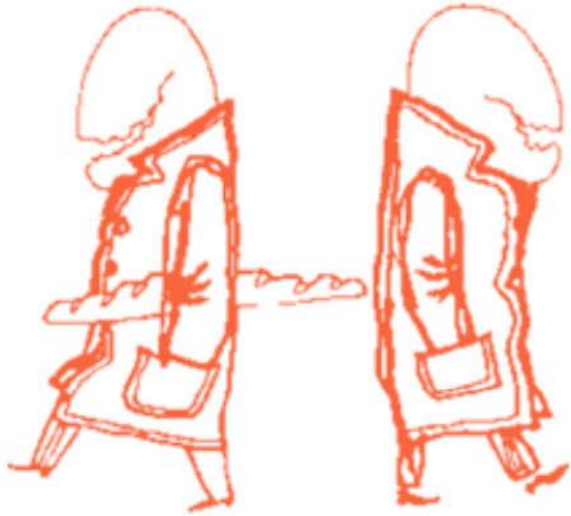
4 de octubre 1937

DÍA

(Versificación)

Por el río de frescas aguas se desliza un pez,
Y una pequeña casa se levanta en la lejanía.
Un perro le ladra a las vacas, todo un tropel,
Y en la casucha ondea una pequeña bandera.
Petrov avanza en telega al pie de la montaña,
Y la grama nutritiva madura en el campo.
El polvo cubre cada hoja de plata,
Y las moscas por todas partes revolotean silbando.
Las muchachas tumbadas se calientan al sol,
Y entre las flores bordan las abejas.
Los pavos se sumergen en los sombríos estanques,
En trabajos usuales transcurre este día.

25/26 de octubre 1937



MINIATURAS



MINIATURAS

A la orilla del río se había congregado mucha gente. Sepunov, el comandante del regimiento, se ahogaba en el río. Tragaba mucha agua, asomaba hasta la cintura, lanzaba un grito y volvía a hundirse. Agitaba los brazos en todos los sentidos y gritaba de nuevo pidiendo ayuda.

La gente permanecía en la orilla y miraba con aire sombrío.

—Va a ahogarse —dijo Kuzma.

—Está claro que va ahogarse —confirmó un hombre con un gorro.

Y efectivamente, el comandante del regimiento se ahogó. La muchedumbre comenzó a dispersarse.

[1-6 de junio 1929]

* * *

Bobrov marchaba a lo largo del camino preguntándose por qué la sopa se echaba a perder si se le metía arena en ella. De repente, sentada al borde del camino, vio a una jovencita deshecha en lágrimas, con una lombriz en la mano.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Bobrov a la jovencita.

—No lloro, canto —dijo la joven.

—¿Y por qué cantas así? —preguntó Bobrov.

—Para distraer a mi lombriz —dijo la jovencita—, y yo me llamo Natasha.

—¿De verdad? —se sorprendió Bobrov.

—Sí, de verdad —dijo la pequeña—, adiós.

La jovencita dio un brinco, montó su bicicleta y partió.

—Tan pequeña, y ya monta en bicicleta —pensó Bobrov.

[1930-1931]

Un día, Anton Bobrov subió a su auto y fue a la ciudad. Anton Bobrov ató un rastrillo averiado. Estalló un neumático.

Anton Bobrov se sentó en un mojón al borde del camino y se perdió en sus pensamientos.

De súbito, algo golpeó violentamente a Anton Bobrov en la cabeza.
Anton Bovrov cayó y perdió el conocimiento.

Un monje fue a una cripta, a la casa de los muertos, y exclamó: ¡Cristo ha resucitado! Y entonces le respondieron en coro: En verdad os lo digo, ¡Él ha resucitado!

[1933]

Desde su más tierna infancia hasta su vejez avanzada, un hombre durmió sobre la espalda con los brazos en cruz. Finalmente, murió así. Así que: duerme de lado.

[junio 1933]

Tratado sobre las bellas mujeres tumbadas en la playa de la fortaleza Pedro-y-Pablo, sentadas en el Campo de Marte y en el Jardín de Verano y que frecuentan la cantina de Lenklublít.

escrito por Daniil Protoplast

Epígrafe sacado de los tigres:

«¡O fi! ¡O fé!»

Be be bella esta máscara. Objeto, objeto, objeto, objeto, objeto, objeto, objeto, objeto, objeto, objeto, objeto, objeto.

Julio 1933

* * *

Kukuruzov sale del humo.

Kukuruzov: ¡Eh, valientes! ¡Traedlo aquí! Aquí, en este lugar, va a

desarrollarse una venganza sanguinaria. He esperado este momento casi cuatro años. ¡Ha llegado la hora! ¡Sonad, trompetas! (*Saca su pañuelo y se seca el sudor de la frente*). Sí, sí hay una vida eterna, la cuestión es saber si cada uno es digno de ella.

[1933]

* * *

El anciano se rascaba con las dos manos. A donde no llegaba con las dos manos, se rascaba con una sola mano, pero por el contrario muy rápido. A la vez, parpadeaba constantemente.

[1933-1934]

* * *

De la chimenea de la locomotora salía vapor, o, como suele decirse, humo. Un pájaro espléndidamente adornado que entró en ese humo salió con el plumaje pegado, completamente mustio.

[1933-1934]

* * *

Olga Forch se acercó a Aleksei Tolstoi e hizo algo.

Aleksei Tolstoi también hizo algo.

Así las cosas, Konstantin Fedin y Valentin Stienich sólo dieron un salto hasta el patio, donde intentaban encontrar una piedra adecuada. A falta de piedra, encontraron una pala. Y esa pala, Konstantin Fedin la aplastó en la jeta de Olga Forch.

Entonces Aleksei Tolstoi se desvistió completamente, y, desnudo al borde del Fontanka, se puso a relinchar como un caballo. Todo el mundo decía: «He ahí un grandísimo escritor contemporáneo que relincha». Y dejaron en paz a Aleksei Tolstoi.

[1934]

* * *

Todo el mundo sabe que Bezymenski tiene una jeta completamente estúpida.

Pero, un día, Bezymenski se rompió la jeta contra un taburete.

Después de eso, la jeta del poeta Bezymenski se encontró completamente fuera de uso.

[1934]

* * *

Una nueva anatomía

En la nariz de una muchachita crecieron dos cintas de pálido azul. Un caso particularmente raro, pues en una cinta estaba escrito: «Marte», y en la otra «Júpiter».

[1935]

* * *

Un hombre gordo inventó un medio para adelgazar. Y lo consiguió. Las damas se pusieron a importunarle preguntándole cómo había hecho para adelgazar. Pero el que había adelgazado le respondía a las damas que si bien le convenía al hombre adelgazar, las mujeres, por el contrario, debían ser, decía, más bien gordas. Y tenía toda la razón.

[1935]

* * *

Una mujer decía retorciéndose las manos con amargura: «Necesito interés por la vida, no dinero. Busco la pasión y no la prosperidad. Necesito un marido, no un rico sino un talento, un director de teatro ¡Meyerhold!»

[1935]

* * *

El metro

En Moscú se ha construido un metro. He aquí lo que dijo a ese propósito el famoso escritor N. N. Nikitin:

—¡Ocupa tu asiento y vete!

Daniil Charms

* * *

Dos hombres se pusieron a discutir. En esas, uno de ellos tartamudeaba en las vocales, el otro en las vocales y consonantes.

Cuando acabaron de hablar, nos encontramos repentinamente muy bien... como si hubiésemos apagado un hornillo.

[1936]

* * *

Un hombre que se había acostado creyente se despertó sin fe.

Felizmente, había en la habitación de ese hombre una balanza médica, y el hombre en cuestión tenía la costumbre de pesarse todos los días, mañana y noche. Al acostarse la víspera, se pesó una vez más y vio que su peso era de 4 puds y 21 libras.

A la mañana del día siguiente, cuando se había levantado sin fe, el hombre se pesó de nuevo y vio que su peso sólo era de 4 puds y 13 libras. «En consecuencia», concluyó aquel hombre, «mi fe pesaba aproximadamente 8 libras.»

[1936-1937]

* * *

Corre el rumor de que van a cortarle el culo a todos los abuelos y que los abandonarán en la calle Volodarskaia. ¡No es verdad! ¡No van a cortarle el culo a los abuelos!

* * *

Era tan sucio que, un día, al examinarse los pies, encontró entre dos dedos una chinche seca que al parecer llevaba desde hacía ya muchos días.

* * *

Dicen que un íncubo se pasea por aquí. Aplasta las chinches. Íncubo - Dor.

* * *

Impromptu

Como sabemos, el semi-poeta Boris Pasternak tenía un perro que se llamaba Balagán. Pues he aquí que, un día, cuando se bañaba en un río, Boris Pasternak le dijo a la gente que se había congregado en la orilla:

—¡Miren, allí, bajo el álamo excava la tierra Balagán!

A partir de ese día, ese impromptu del reputado semi-poeta Pasternak se convirtió en un proverbio.

Daniil Charms

* * *

1. No esgrimas la rueda, no limpies la rueda, no mires el agua, no comas las piedras. 2. No golpees con la rueda, no gires la rueda, no te metas en el agua, no tritures las piedras. 3. No te ates con la rueda, no pinches la rueda, métela en el agua, átale una piedra.

[1937]

* * *

—Te aconsejo que no comas mucha pimienta. Conocí a un griego (estábamos en el mismo barco), que comía una increíble cantidad de pimienta y mostaza que echaba en su comida sin mirar. El pobre, se pasaba noches enteras sentado, con un zapato en la mano...

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque le tenía miedo a las ratas, y había muchas en aquel barco. Y el pobre, acabó muriendo de insomnio.

3 de enero 1938

* * *

Durante mucho tiempo, detrás de la empalizada, se estuvieron insultando y escupiendo. Hasta el punto de que oímos a uno escupir dentro de la boca del otro.

[marzo 1938]

* * *

Es una procesión que pasa. ¿Por qué pasa esta procesión? Lleva la nariz arrancada de Piatipalov. Llevan esa nariz al Jardín de Verano para enterrarla ahí.

* * *

Un día, salí de mi casa para ir al Ermitage. Tenía la cabeza llena de pensamientos sobre el arte. Iba por las calles intentando no prestar atención a la poco seductora realidad.

[1940]

* * *

Peretchin se sentó sobre una chinche, y, desde ese momento, su vida cambió completamente. Antes hombre tranquilo y pensativo, Peretchin se convirtió en un sucio tipo acabado. Se dejó crecer el bigote, y, después, se aplicó a recortarlo con una extrema negligencia, de tal manera que una punta era siempre más larga que la otra. Además, crecían un poco atravesadas. Se hizo imposible mirar a Peretchin. Y, para colmo, guiñaba espantosamente un ojo y tenía un tic infecto en la mejilla. Durante cierto tiempo, Peretchin se limitó a pequeñas bajezas: propalaba chismes, hacía de soplón, engañaba a los cobradores de billetes en los tranvías pagándoles el viaje en calderilla y dándoles cada vez dos, y en ocasiones hasta tres kopeks de menos.

1940

* * *

Un hombre perseguía a otro, mientras que el que huía perseguía a su vez a un tercero, el cual, no oyendo que le perseguían, avanzaba sencillamente con un paso tranquilo por la acera.

[1940]



LA VIEJA

Relato

(1939)





... Y entre ellos mantienen el siguiente diálogo.

Hamsun

En el patio hay una vieja que tiene un reloj de pared en las manos. Paso cerca de ella, me paro y le pregunto:

«¿Qué hora es?»

—Mire —me dice la vieja.

Yo miro y veo que el reloj no tiene agujas.

—No tiene agujas —digo.

La vieja mira la esfera y me dice:

—Ahora, son las tres menos cuarto.

—Ah, bien. Muchas gracias —digo antes de alejarme.

La vieja grita algo a mis espaldas, pero yo continúo sin volverme. Llego a la calle y camino por la acera soleada. El sol primaveral es muy agradable. Camino entornando los ojos y fumando mi pipa. En una esquina de la calle Sadovaia me encuentro con Sakerdon Mijailovich. Después de intercambiar un saludo, nos detenemos y charlamos durante un rato. Me hartó de estar allí parado en la calle y entonces invito a Sakerdon Mijailovich a entrar en una taberna. Tomamos un huevo duro y unas anchoas que regamos con vodka, después de lo cual nos despedimos y yo continué solo.

En ese momento, recordé súbitamente que había olvidado apagar la cocina eléctrica. Eso me contraría mucho. Di media vuelta y volví a mi casa. El día había comenzado tan bien y he aquí ya un primer contratiempo. No debí salir a la calle.

Llego a casa, me despojo de la americana, saco el reloj del bolsillo del chaleco y lo cuelgo de un clavo; después cierro la puerta con llave y me tumbo en el diván. Voy a intentar dormir.

De la calle, llegan hasta mí los abyectos gritos de los niños. Aquí tumbado, imagino cómo castigarlos. Lo que más me gusta es la idea de que le entre el tétanos y dejen repentinamente de moverse. Sus padres se los llevan a casa. Ellos se quedan en la cama y no pueden ni comer, porque ni siquiera pueden abrir la boca. Los alimentan artificialmente. Después de una semana, el tétanos pasa, pero los niños se quedan tan débiles que deben guardar cama todavía un mes más. Luego, poco a poco comienzan a recuperarse, pero les

entra una segunda vez el tétanos y todos revientan.

Estoy tumbado en el diván con los ojos abiertos y no consigo dormir. Me acuerdo de la vieja con el reloj a la que vi esta mañana en el patio y me resulta agradable pensar que ese reloj no tiene agujas. Hace unos días, en una tienda de ocasión, vi un infecto reloj de cocina cuyas agujas tenían la forma de un cuchillo y un tenedor.

¡Dios mío! ¡Pero si aún no he apagado la cocina eléctrica! Me levanto de un salto y voy a apagarla, después vuelvo a tumbarme en el diván y procuro dormir. Cierro los ojos. Aunque no tengo sueño. Por la ventana entra el sol primaveral, que cae sobre mí. Comienzo a tener calor. Me levanto y voy a sentarme en el sillón, cerca de la ventana.

Ahora tengo sueño, pero no pienso a dormir. Cogeré papel y pluma y me pondré a escribir algo. Siento en mí una fuerza terrible. Desde ayer lo tengo todo mascado. Será la historia de un taumaturgo que vive en nuestra época y no lleva a cabo ningún milagro. Él sabe que es un taumaturgo y que puede realizar cualquier prodigio, pero no lo hace. Lo desalojan de su casa, y, aunque sabe que le bastaría con mover un dedo para impedirlo, no lo hace, y resignado abandona la casa y se va a vivir a un cuchitril en la periferia de la ciudad. Podría hacer de ese cuchitril un magnífico palacio, pero no lo hace: se queda a vivir ahí hasta el día de su muerte, sin jamás llevar a cabo un solo prodigio.

Estoy sentado y me froto las manos de contento. Sakerdon Mijailovich va a reventar de envidia. Me cree incapaz de escribir algo genial. ¡Vamos, rápido, manos a la obra! ¡Se acabaron el sueño y la pereza! ¡Voy a escribir dieciocho horas de un tirón!

Tiemblo de impaciencia. No sé por dónde empezar: debía coger papel y pluma y de hecho cogí diversos objetos que nada tienen que ver con lo que necesito. Me desplazé por la habitación de la ventana a la mesa, de la mesa a la estufa, de la estufa de nuevo a la mesa, luego al diván, después otra vez a la ventana. La llama que ardía en mi pecho me cortaba el aliento. Ahora son las cinco. Tengo todo el día por delante, más la tarde y toda la noche...

Estoy de pie en medio de la habitación. ¿A qué espero? Son ya las cinco y veinte. Tengo que escribir. Acercó la mesa a la ventana y me siento a ella. Tengo ante mí papel cuadriculado y una pluma en la mano.

Mi corazón late con más fuerza y mi mano tiembla. Aún espero, con la intención de calmarme un poco. Dejo la pluma y me lleno una pipa. El sol me da

directamente en los ojos, entorno los párpados y enciendo la pipa.

Ante la ventana pasa un cuervo. Miro a la calle y veo que por la acera camina un hombre que golpea ruidosamente el suelo con su pierna ortopédica y su bastón.

—Vaya —me digo, y sigo mirando por la ventana.

El sol se oculta tras la chimenea de la casa de enfrente. La sombra de la chimenea corre sobre el tejado, atraviesa la calle volando y se detiene en mi cara. Hay que aprovechar esta sombra y escribir algunas palabras sobre el taumaturgo. Cojo la pluma y escribo:

«El taumaturgo era alto».

No consigo escribir nada más. Me quedo sentado hasta que el hambre se deja sentir. Entonces me levanto y me acerco al armario donde guardo las provisiones; busco pero no encuentro nada allí. Un poco de azúcar, y eso es todo. Llaman a la puerta.

—¿Quién es?

Nadie contesta. Abro la puerta y veo ante mí a la vieja del reloj que estaba esta mañana en el patio.

Estoy muy sorprendido y no sé que decir.

—Ya ve, aquí estoy —dice la vieja entrando en mi habitación.

Me quedo cerca de la puerta sin saber qué hacer: ¿la echo o le propongo que se siente? Pero la vieja se dirige con naturalidad al sillón que está cerca de la ventana y se sienta en él.

—Cierra la puerta con llave —me dice la vieja.

Yo cierro la puerta con llave.

—Ponte de rodillas —dice la vieja.

Y me pongo de rodillas.

Pero entonces comienzo a darme cuenta de lo ridículo de la situación. ¿Qué hago allí, de rodillas, delante de una vieja? ¿Y qué hace ella en mi habitación, sentada en mi sillón preferido? ¿Por qué no la echo fuera?

—Escuche —dije—, ¿con qué derecho dispone de mi habitación y, además, me da órdenes? No tengo intención de quedarme de rodillas.

—No hace falta —dice la vieja—. Ahora, debes tumbarte boca abajo, de cara al suelo.

Obedecí al instante...

Veo ante mí cuadrados dibujados con regularidad. Un dolor en el hombro

y en la cadera derecha me obliga a cambiar de postura. Estuve tumbado boca abajo, y ahora me pongo de rodillas no sin gran esfuerzo. Mis miembros están entumecidos y apenas puedo doblarlos. Miro en torno y me veo de rodillas en el suelo, en medio de la habitación. La conciencia y la memoria regresan poco a poco. Echo otra ojeada a la pieza y me parece ver a alguien sentado en el sillón, cerca de la ventana. Hay poca claridad en la habitación, seguramente porque se trata de una noche en vela. Miro atentamente. ¡Señor! ¿Será posible que esta vieja aún esté aquí, sentada en mi sillón? Estiro el cuello para mirar. Sí, por supuesto, es la vieja quien está sentada allí, con la cabeza inclinada sobre el pecho. Debió quedarse dormida.

Me levanto y me acerco a ella renqueando. Su cabeza cuelga sobre el pecho, y sus brazos caen a ambos lados del sillón. Tengo ganas de agarrarla y ponerla en la calle.

—Escuche —dije—, está en mi habitación. Yo tengo trabajo. Le ruego que se vaya.

La vieja no se movió. Me inclino y echo un vistazo a su cara. Su boca está entreabierta y deja ver una dentadura postiza que se ha desencajado. Y repentinamente lo comprendo todo: la vieja está muerta.

Me invade un gran malestar. ¿Por qué tenía que morir en mi habitación? No soporto los cadáveres. Y ahora, sal con esta carroña en los brazos, ve a hablar con el portero y el administrador sobre esto y explícales qué hacía esta vieja en tu casa. Le eché a la vieja una mirada llena de odio. ¿Y si no estaba muerta? Toqué su frente. Su frente estaba fría. La mano también. ¿Pero qué hago yo ahora?

Enciendo la pipa y me siento en el diván. Se despierta en mí una ira loca.
—¡Qué puerca! —digo en voz alta.

La vieja está tirada como un saco en el sillón. Sus dientes sobresalen de la boca. Parece un caballo muerto.

—¡Menuda escena! —me digo—, sin atreverme a cubrir a la vieja con un periódico (nunca se sabe lo que puede ocurrir bajo un periódico).

Hay un movimiento en la pieza contigua: es mi vecino, un maquinista de tren, que ya se levanta. Sólo faltaba eso, que se olera que tengo a una vieja muerta en mi habitación. Escucho el ruido de sus pasos. ¿A qué espera? ¡Son ya las cinco y media! Hace rato que debía haber salido. ¡Dios mío! ¡Se prepara el té! Escucho el ronroneo del hornillo tras la pared. Ah, ojalá se vaya pronto el

maldito maquinista. Pongo las piernas sobre el diván y me tumbo. Han pasado ocho minutos, pero el té del vecino aún no está listo y el hornillo sigue ronroneando. Cierro los ojos y dormito.

Sueño que el vecino al fin se va y que yo salgo con él al rellano de la escalera y cierro de un portazo la puerta equipada con una cerradura automática. No tengo llaves y no puedo volver a entrar en casa. Tendría que llamar y despertar a los demás inquilinos, lo que sería una mala solución. Me quedo en el rellano pensando qué debo hacer cuando, súbitamente, constato que no tengo brazos. Inclino la cabeza para comprobar si tengo o no mis brazos, y veo que en un lado tengo un cuchillo de mesa en lugar del brazo, y en el otro un tenedor.

—Mira —le digo a Sakerdon Mijailovich que, por una razón desconocida, se encuentra a mi lado sentado en una silla plegable—. Ves —le digo— qué brazos tengo.

Pero Sakerdon Mijailovich guarda silencio y me doy cuenta que éste no es el auténtico Sakerdon Mijailovich, sino uno de barro.

Entonces me despierto y enseguida me doy cuenta que estoy en mi habitación sobre el diván y que cerca de la ventana, en el sillón, está la vieja muerta.

Vuelvo rápidamente la cabeza hacia ella. La vieja ya no está en el sillón. Contemplo el sillón vacío y me invade una enorme alegría. Eso significa, pues, que todo fue un sueño. ¿Pero cuándo comenzó? ¿Entró ayer la vieja en mi habitación? ¿Fue aquello también un sueño? Ayer, yo regresé a casa porque había olvidado apagar la cocina eléctrica. ¿O quizá eso también lo soñé? En cualquier caso, es una tranquilidad saber que no hay en mi casa una vieja muerta, y que no tenga que ir a explicarme con el administrador por el asunto del cadáver.

Aunque entonces, ¿cuánto tiempo habré dormido? Miré el reloj: las nueve y media... de la mañana por supuesto. ¡Señor! ¡Los sueños que a veces podemos tener!

Bajé las piernas del diván y me disponía a levantarme, cuando súbitamente vi a la anciana muerta tendida en el suelo y detrás de la mesa, cerca del sillón. Estaba caída de espaldas y la dentadura postiza, fuera de la boca, se había quedado enganchada de un diente en una aleta de la nariz. Tenía los brazos atrapados bajo al tronco, de tal manera que no se veían, y bajo la falda asomaban unas piernas huesudas enfundadas en unas medias de punto blancas y

sucias.

—¡Puerca! —exclamé—, y precipitándome sobre ella le di una patada bajo el mentón.

La dentadura postiza salió volando hacia un rincón. Aún quise golpear otra vez a la vieja, pero temí que pudiese quedar alguna señal en su cuerpo que me delatara y luego pensarán que yo la había asesinado.

Me aparté de la vieja, me senté en el diván y encendí la pipa. Transcurrieron así unos veinte minutos. Parece claro ahora que, de cualquier modo, será abierta una investigación judicial sobre este asunto y que los imbéciles que instruirán el caso me culparán de asesinato. La situación se ponía seria, y, para colmo, esa patada.

Me acerqué de nuevo a la vieja e, inclinado sobre ella, me puse a examinar su cara. Bajo el mentón había una pequeña mancha oscura. No, imposible que vayan a liarme por eso. Vaya usted a saber, tal vez se golpeó contra algo antes de morir. Me tranquilizo un poco y me pongo a dar vueltas por la habitación fumando mi pipa y pensando en lo ocurrido.

Voy de acá para allá por la habitación y cada vez siento más hambre. Incluso empiezo a temblar de hambre. Rebusco otra vez en el armario de provisiones, pero no encuentro nada más que el terrón de azúcar.

Abro la cartera y cuento el dinero. Once rublos. Puedo, entonces, comprarme un poco de salchichón y pan, y aún me quedará algo para tabaco.

Me ajusto la corbata que la noche puso del revés, cojo mi reloj, me pongo la americana y salgo al corredor, cierro la puerta con mucho cuidado, después guardo la llave en un bolsillo y enfilo la calle. Antes de nada debo comer algo, así podré pensar con más claridad y entonces decidiré qué hacer con esta carroña.

Mientras encamino mis pasos hacia la tienda, me asalta la idea de pasar por casa de Sakerdon Mijailovich y contárselo todo: quizá entre ambos encontremos más rápido una solución. Pero rechazo inmediatamente esta idea, pues hay cosas que uno debe hacer solo, sin testigos.

En la tienda no había jamón y compré medio kilo de salchichas. Tampoco había tabaco. De la tienda me fui a la panadería.

En la panadería había mucha gente y una larga cola se agolpaba ante la caja. Aquello me fastidió, pero aun así me puse a la cola. La cola se movía muy despacio, después se inmovilizó por completo porque se organizó un escándalo

en la caja.

Yo ponía cara de no enterarme de nada y miraba fijamente la espalda de la joven señorita que estaba delante de mí. Aquella mujer parecía muy curiosa, pues no dejaba de estirar el cuello ora a derecha, ora a izquierda, y hasta se ponía de puntillas para ver mejor lo que ocurría en la caja. Finalmente, se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Sabe lo que está pasando ahí?

—No, lo siento —respondí lo más secamente posible.

La señorita no hacía más que girarse de un lado al otro hasta que de nuevo se dirigió a mí:

—¿No podría acercarse a ver lo qué ocurre?

—Lo siento, pero no me interesa en absoluto —le dije aún más secamente.

—¿Cómo que no le interesa? —exclamó—. ¿A pesar de estar bloqueado en la cola por eso?

No respondí nada y me contenté con inclinarme ligeramente. La señorita me miraba con atención.

—Por supuesto, esperar en la cola del pan no es cosa de hombres —dijo—. Me apena verle aquí esperando. ¿Es usted soltero, quizás?

—Sí, soy soltero —respondí, un poco desconcertado, aunque por inercia seguía contestando secamente, mientras hacía una leve inclinación.

La señorita me miró una vez más de los pies a la cabeza y, de pronto, tocando suavemente con un dedo mi brazo, dijo:

—Vamos, yo le compraré lo que necesite, y usted espéreme en la calle. Me quedé completamente desconcertado.

—Se lo agradezco —dije—. Es usted muy amable, pero de verdad que puedo hacerlo yo mismo.

—Nada de eso —dijo la señorita—, vamos, salga. ¿Qué es lo quería comprar?

—Bueno —le dije—, quiero comprar medio kilo de pan negro, pero de molde, el más barato. Lo prefiero.

Está bien —dijo la señorita—. Y ahora, váyase. Yo lo pagaré y después haremos cuentas.

Y me empujó suavemente con el codo.

Salí de la panadería y me puse a esperar cerca de la puerta. El sol

primaveral me daba de lleno en la cara. Encendí la pipa. ¡Qué mujer más encantadora! Es muy raro hoy en día. Espero allí entornando los párpados debido al sol, fumo mi pipa y pienso en la agradable señorita. ¡Tiene los ojos de color castaño claro! ¡Es realmente bonita, una preciosidad!

—¿Fuma en pipa? —dice una voz detrás de mí.

La bella señorita me ofrece el pan.

—Oh, se lo agradezco infinitamente —digo cogiendo el pan.

—¡Fuma en pipa! Me encanta —dice la señorita.

Y entre nosotros se establece la siguiente conversación:

Ella: ¿Así que usted mismo se compra el pan?

Yo: No sólo el pan: yo mismo me lo compro todo.

Ella: ¿Y dónde come?

Yo: Habitualmente, me preparo yo la comida. Pero a veces como en una taberna.

Ella: ¿Le gusta la cerveza?

Yo: No, prefiero el vodka.

Ella: A mí también me gusta el vodka.

Yo: ¿Le gusta el vodka? ¡Qué bien! Con mucho gusto me tomaría un vaso con usted uno de estos días.

Ella: Yo también me tomaría con mucho gusto un vaso de vodka con usted.

Yo: Discúlpeme, ¿puedo preguntarle algo?

Ella: (sonrojándose): Por supuesto, pregunte.

Yo: Bien, de acuerdo. ¿Cree usted en Dios?

Ella: (sorprendida): ¿En Dios? Sí, claro.

Yo: ¿Y qué le parece si compramos vodka y vamos ahora a mi casa? Vivo muy cerca de aquí.

Ella: (con aire provocador): Por mí, de acuerdo.

Yo: Entonces, vamos.

Entramos en una tienda y compramos medio litro de vodka. Ya no me queda dinero, aparte de un poco de calderilla. Hablamos sin parar de una cosa y otra, cuando, de pronto, recordé que en el suelo de mi habitación estaba la anciana muerta.

Echo una mirada a mi nueva amiga: estaba al lado del mostrador examinando unos tarros de mermelada. Yo, con sigilo, doy unos pasos hacia la

puerta y salgo de la tienda. En ese mismo instante un tranvía para frente a la tienda. Salto al tranvía sin ni siquiera reparar de qué línea se trata. Me bajo en la calle Mijailovskaia y me acerco a casa de Sakerdon Mijailovich. Llevo conmigo la botella de vodka, las salchichas y el pan.

El mismo Sakerdon Mijailovich me abrió la puerta. Vestía un albornoz sobre el cuerpo desnudo, botas rusas de caña corta y gorro de piel con orejeras recogidas y atadas en lazo por arriba.

—Me alegra verte —dice Sakerdon Mijailovich.

—¿No te molesto? —le pregunto.

—No, no —dice Sakerdon Mijailovich—, sencillamente estaba sentado en el suelo sin hacer nada.

—Como ves —le dije—, traigo vodka y algo para picar. Si no tienes nada en contra, tomemos un trago.

—Muy bien —dijo Sakerdon Mijailovich—. Entra.

Pasamos a su habitación. Descorché la botella de vodka mientras Sakerdon Mijailovich ponía sobre la mesa dos vasos y un plato de carne cocida.

—Traje unas salchichas —dije—. ¿Las comemos crudas o las cocemos?

—Vamos a cocerlas —dijo Sakerdon Mijailovich—, y, mientras cuecen, nos tomaremos un poco de vodka con la carne hervida. Se ha cocido con la sopa, ¡está estupenda! Sakerdon Mijailovich puso una cazuela en el hornillo de petróleo y nos sentamos a beber.

—Beber vodka es sano —decía Sakerdon Mijailovich llenando los vasos. Miechnikov escribió que el vodka era mejor que el pan, que el pan sólo era paja que se pudría en nuestros estómagos.

—¡A tu salud! —dije trincando con Sakerdon Mijailovich. Vaciamos nuestros vasos antes de comer un trozo de carne fría.

—Muy bueno —dijo Sakerdon Mijailovich.

Pero en ese momento, se dejó oír un violento chasquido en la habitación.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

Permanecimos sentados en silencio, escuchando atentamente. De pronto, se escuchó un nuevo chasquido.

Sakerdon Mijailovich se levantó de un salto, se precipitó hacia la ventana y arrancó la cortina.

—¡Qué haces! —exclamé.

Pero Sakerdon Mijailovich se abalanzó sin responderme sobre el hornillo

de petróleo, cogió el cazo con ayuda de la cortina y lo puso en el suelo.

—¡Maldita sea! —dijo Sakerdon Mijailovich—. Me olvidé de echar agua en el cazo, y, como es esmaltado, el esmalte saltó por los aires.

—Ahora lo entiendo —dije moviendo la cabeza.

Nos sentamos de nuevo a la mesa.

—¡Lástima! —dijo Sakerdon Mijailovich—, nos las comeremos crudas.

—Tengo un hambre feroz —dije.

—Come —dijo Sakerdon Mijailovich empujando las salchichas hacia mí.

—Es que la última vez que comí algo fue ayer, contigo, en la taberna; desde entonces, no he probado bocado —dije.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Sakerdon Mijailovich.

—Estuve escribiendo todo este tiempo —dije.

—¡Diablos! —exclamó Sakerdon Mijailovich con un énfasis exagerado—. Qué agradable es tener a un genio delante de uno.

—¡Tampoco hay que exagerar! —dije.

—¡Habrás escrito mucho! —dijo Sakerdon Mijailovich.

—Sí —dije—. Escribí montañas de papel.

—¡Por el genio de nuestro tiempo! —dijo Sakerdon Mijailovich alzando su vaso.

Bebimos. Sakerdon Mijailovich comió carne cocida y yo salchichas.

Después de comerme cuatro, encendí mi pipa y dije:

—Sabes, de hecho, vine a tu casa para librarme de mis perseguidores.

—¿Y quién te persigue? —preguntó él.

—Una dama —dije.

Y como Sakerdon Mijailovich no me preguntó nada más y se contentaba con llenar los vasos en silencio, continué:

—La conocí en la panadería y enseguida me enamoré de ella.

—¿Es guapa? —preguntó Sakerdon Mijailovich.

—Sí —dije—, para mi gusto, sí.

Bebimos y continué:

—Ella aceptó mi invitación para tomarnos un vodka en mi casa. Antes fuimos a una tienda, y, allí, se me ocurrió salir a la chita callando.

—¿No tenías dinero? —preguntó Sakerdon Mijailovich.

—Sí, suficiente —dije—, pero recordé que no podía llevarla a mi casa.

—¿Por qué, había otra mujer en tu casa? —preguntó Sakerdon Mijailovich.

—Sí, si quieres creerlo así, hay otra dama en mi casa —dije sonriendo—. De momento, no puedo permitirle a nadie que vaya a mi casa.

—Cásate. Así podrás invitarme a comer alguna vez —dijo Sakerdon Mijailovich.

—No —dije, partiéndome de risa—. No, con esa dama no me casaré.

—Entonces, cástate con la de la panadería —dijo Sakerdon Mijailovich.

—¿Pero por qué te empeñas en casarme? —dije.

—¿Y por qué no? —dijo Sakerdon Mijailovich llenando los vasos—.

¡Por tus éxitos!

Bebimos. El vodka comenzó visiblemente a producir su efecto. Sakerdon Mijailovich se quitó el gorro de piel con orejeras y lo lanzó sobre la cama. Yo me levanté para dar algunos pasos por la habitación; la cabeza me daba vueltas.

—¿Cómo lo llevas cuando estás ante un cadáver? —le pregunté a Sakerdon Mijailovich.

—Muy mal —dijo Sakerdon Mijailovich—. Me dan miedo.

—Sí, yo tampoco los soporto —dije—. Si tuviese que vérmelas con un muerto, salvo que fuera un familiar, le daría de patadas.

—No se debe patear a los cadáveres —dijo Sakerdon Mijailovich.

—Pues yo le daría un puntapié en todo el morro —dije—. No soporto ni a los muertos ni a los niños.

—Es verdad, los niños son un asco —aprobo Sakerdon Mijailovich.

—¿Y qué es peor, en tu opinión: los cadáveres o los niños? —pregunté.

—Creo que los niños son peores: nos molestan más a menudo. Los muertos, al menos, no se meten en nuestra vida —dijo Sakerdon Mijailovich.

—¡Oh, claro! —exclamé—, pero me callé al momento. Sakerdon Mijailovich me miró con atención.

—¿Quieres más vodka? —preguntó.

—No —dije, después, intentando dominarme, añadí—: No, gracias; ya está bien.

Me acerqué a la mesa y volví a sentarme. Permanecimos largo rato en silencio.

—Me gustaría preguntarte —dije al fin— ¿tú crees en Dios? Sakerdon Mijailovich arrugó la frente, y dijo:

—Hay cosas que son de mala educación. No está bien pedirle 50 rublos prestados a una persona a la que acabamos de ver cómo mete 200 en su bolsillo. Es ella quien ha de decidir si quiere prestarnos o negarnos ese dinero, y la manera más cómoda y educada para ella de negárnoslo, es mentir diciendo que no tiene. Pero como vimos que esa persona tenía dinero, la privamos de esa forma de la posibilidad de negárnoslo sencillamente y con educación. La privamos de su derecho a elegir, y eso es una grosería. Es un proceder maleducado, una falta de tacto. Y preguntarle a alguien «si cree en Dios» es también un proceder maleducado, una falta de tacto.

—Sin embargo —dije—, ambas cosas nada tienen en común.

—Pero yo no las estoy comparando —dijo Sakerdon Mijailovich.

—Bien, de acuerdo —dije—, dejemos esto. Perdona por haberte hecho por falta de tacto una pregunta tan maleducada.

—No tiene importancia —dijo Sakerdon Mijailovich—. Yo sólo me negué a responderla.

—Yo tampoco hubiera respondido —dije—, pero por otro motivo.

—¿Por cuál? —preguntó sin mucho interés Sakerdon Mijailovich.

—Verás —dije—, a mi parecer, no hay creyentes o no creyentes. Sólo hay personas que quieren creer y otras que no quieren creer.

—¿Quieres decir que aquellos que no quieren creer, creen ya en algo? —dijo Sakerdon Mijailovich—. ¿Y que los que quieren creer, en principio no creen en nada?

—Tal vez sea así —dije—. No lo sé.

—¿Y en qué creen o no creen? ¿En Dios? —preguntó Sakerdon Mijailovich.

—No —dije—, en la inmortalidad.

—Entonces, ¿por qué me has preguntado si creía en Dios?

—Sencillamente, porque preguntar «¿Crees en la inmortalidad?», suena un poco raro —le dije a Sakerdon Mijailovich mientras me levantaba.

—¿Qué haces, te vas? —me preguntó.

—Sí —dije—, tengo que irme.

—¿Y el vodka? —dijo Sakerdon Mijailovich—. Aún queda para un par de tragos.

—Ah, de acuerdo, acabémoslo —dije.

Acabamos el vodka y nos comimos el resto de carne.

—Ahora sí que me voy —dije.

—Hasta pronto —dijo Sakerdon Mijailovich acompañándome desde la cocina a la escalera—. Gracias por todo.

—Gracias a ti —dije—. Adiós.

Y me fui.

Una vez solo, Sakerdon Mijailovich recogió la mesa, puso la botella de vodka vacía en el armario, se volvió a poner su gorro de piel con orejeras y se sentó en el suelo bajo la ventana. Sakerdon Mijailovich dobló los brazos tras la espalda de tal manera que no se le veían. Bajo el albornoz asomaban dos piernas huesudas y desnudas calzadas con botas rusas de caña corta.

Yo caminaba por la Perspectiva Nevski, sumido en mis pensamientos. Debo ir a ver inmediatamente al administrador y contárselo todo. Y cuando me haya deshecho de la vieja, iré a apostarme días enteros cerca de la panadería hasta que encuentre a aquella gentil dama. Aún le debo los 48 kopeks del pan. Tengo un excelente pretexto para buscarla. El vodka que había bebido continuaba haciéndome efecto y quizá por eso, ahora, me parecía que todo comenzaba a encajar de la manera más fácil.

Al borde del Fontanka, me acerqué a un quiosco y, con el dinero que me quedaba, me tomé una enorme jarra de *kvas*. El *kvas* era malo, ácido, y continué mi camino con un mal gusto en la boca.

En una esquina de la calle Liteinaya, un tipo borracho trastabilló y acabó empujándome. Menos mal que no tengo revólver: lo hubiera matado en ese momento.

Debí de hacer el recorrido hasta mi casa con la cara descompuesta de rabia. Para colmo, todo el mundo se volvía para mirarme.

Entré en la oficina del administrador. Una joven —baja, sucia, rubianca, tuerta y de nariz respingona— que se daba rouge en los labios mirándose en un pequeño espejo de mano, estaba sentada sobre la mesa del escritorio.

—¿Dónde está el administrador? —pregunté.

La muchacha callaba y seguía dándose rouge.

—¿Dónde está el administrador? —repetí con una voz cortante.

—No está, y ya no vendrá hasta mañana —respondió la joven sucia, rubianca, tuerta y de nariz respingona.

Salí a la calle. Por la acera de enfrente caminaba el inválido que golpeaba ruidosamente la acera con su pierna ortopédica y su bastón. Seis chiquillos lo

seguían imitando su manera de andar.

Torcí hacia el portal de mi casa y comencé a subir las escaleras. En el primer piso, me detuve; acudió a mi mente el pensamiento abyecto de que la vieja quizá había comenzado a descomponerse. No había cerrado la ventana y parece que si se deja la ventana abierta, los muertos se descomponen más de prisa. ¡Qué tontería! ¡Y el maldito administrador que no volverá hasta mañana! Me quedé indeciso durante unos minutos, después continué subiendo.

Cerca de la puerta del piso, me detuve de nuevo. Quizá debiera ir a la panadería y esperar allí a mi querida dama. Podría suplicarle que me dejase pasar dos o tres noches en su casa. Pero entonces, recordé que ella había comprado el pan y que, en consecuencia, hoy no volvería ya a la panadería. Y además, de cualquier forma, eso no cambiaría nada.

Abrí la puerta y pasé al corredor. Al final del corredor, la luz estaba encendida y Maria Vasilievna frotaba dos paños entre las manos. Al verme, dijo:

—Vino un viejo que preguntó por usted.

—¿Qué viejo? —pregunté.

—No sé —respondió Maria Vasilievna.

—¿Cuándo vino?

—No sé.

—¿Habló usted con ese viejo?

—Sí —respondió Maria Vasilievna.

—Entonces ¿cómo es que no sabe cuando vino? —dije.

—Vino hace dos horas más o menos.

—¿Qué aspecto tenía?

—No sé —respondió Maria Vasilievna, y se fue a la cocina. Yo me dirigí a mi habitación.

«¿Y si la vieja hubiese desaparecido? —pensé—. Entro en la habitación y la vieja no está. Así de sencillo. ¡Dios mío! ¿Acaso no existen los milagros?». ».

Giré la llave y comencé a abrir lentamente la puerta. Tal vez sólo me lo pareció, pero el agrídulce olor de la descomposición me dio en la cara. Eché un vistazo a través de la puerta entreabierta y me quedé paralizado. La vieja se arrastraba lentamente a mi encuentro a cuatro patas.

Con un grito, cerré la puerta, giré la llave y me puse de espaldas contra la pared opuesta.

Maria Vasilievna apareció en el corredor.

—¿Me llamaba? —preguntó.

Yo temblaba de tal manera que no podía responder y moví negativamente la cabeza. Maria Vasilievna se acercó un poco más.

—¿Discute con alguien? —dijo.

De nuevo hice un gesto negativo con la cabeza.

—Está zumbado —dijo María Vasilievna— después se fue a la cocina volviendo la cabeza más de una vez para mirarme.

«No puedo quedarme aquí de esta manera. No puedo quedarme aquí de esta manera», me repetía mentalmente. Esa frase adquiriría vida propia en alguna parte de mi interior. La repetí hasta que tomé conciencia de su significado.

No, no puedo quedarme aquí de esta manera —me dije—, pero estaba como paralizado. Había ocurrido algo horrible, pero aún quedaba por hacer algo quizá más pavoroso. Mis pensamientos giraban como un torbellino y sólo veía los malvados ojos de la vieja muerta, la cual, arrastrándose a gatas, se acercaba lentamente hacia mí.

¡Irrumpir en la habitación y destrozarle el cráneo a esa maldita vieja!
¡Eso es lo que tenía que hacer! Me alegré al ver en un ángulo del corredor un martillo de croquet, que, por una razón desconocida, llevaba allí muchos años. Coger el martillo, irrumpir en la habitación, y ¡pimpampum!...

El escalofrío no pasaba. Seguía allí, con los hombros alzados por el frío que tenía en mi interior. Mis pensamientos se disparaban, se enredaban, volvían al punto de partida y comenzaban de nuevo su acoso, abarcando otros aspectos, mientras que yo, estaba allí escuchando mis pensamientos; como si estuviera escindido de ellos, como si ya no fuese dueño de la situación.

—Los muertos —me explicaban mis pensamientos—, son una raza vil. Nos equivocamos al decir de ellos que *descansan en paz*, por el contrario son más bien agitados. Hay que vigilarlos sin cesar. Preguntad si no a cualquier vigilante de la morgue. ¿Para qué, además, creéis que los han puesto ahí? Para una sola cosa: vigilar para que los muertos no se escapen. Ocurren cosas curiosas a ese respecto. Una vez, mientras el vigilante se lavaba por orden de la dirección, un cadáver salió de la morgue y entró en la sala de desinfección donde se comió una pila de ropa de cama. Los empleados de la desinfección le dieron estopa hasta cansarse, pero por la ropa perdida tuvieron que pagar de su bolsillo. Otro cadáver, a su vez, apareció en la sala de partos y asustó a aquellas

mujeres de tal manera que una de ellas abortó; entonces el muerto se arrojó sobre el feto y lo devoró ruidosamente. Y cuando una valiente enfermera le golpeó en la espalda con ayuda de un taburete, él le mordió en una pierna, y la enfermera murió poco después de una infección debida a la tomaína del cadáver. Sí, los muertos son una raza vil, con ellos, hay que estar prevenido.

—¡Basta! —le dije a mis propios pensamientos—. Estáis diciendo disparates. Los cadáveres no se mueven.

—Muy bien —me dijeron mis pensamientos—, entonces entra en tu habitación, donde se encuentra, según dices, ese cadáver inmóvil.

Una inesperada terquedad se apoderó de mí.

—Pues bien, ¡entraré! —dije con tono decidido a mis pensamientos.

—¡Inténtalo! —me dijeron ellos con cierta ironía.

Aquella mofa acabó por soliviantarme. Cogí el martillo de croquet y me lancé hacia la puerta.

—¡Espera! —me gritaron mis pensamientos.

Pero yo había girado ya la llave y abierto la puerta de par en par.

La vieja estaba tumbada cerca del umbral de cara al suelo. Yo me mantenía a un paso, con el martillo de croquet en alto. La vieja no se movía.

El escalofrío pasó y ahora mis pensamientos eran claros y precisos. Era dueño de la situación.

—¡Lo primero es cerrar la puerta! —me ordené a mí mismo. Saqué la llave de la cerradura del lado del pasillo para introducirla en la parte interior. Eso lo hice con la mano izquierda, mientras que en la derecha, sostenía el martillo de croquet en alto, sin apartar los ojos de la vieja.

Cerré la puerta con llave, después, tras franquear con cuidado a la anciana, gané el centro de la pieza.

—Ahora vamos a explicarnos —dije.

Yo había concebido un plan al que recurren de ordinario los asesinos de novela negra y las crónicas criminales; quería sencillamente ocultar a la vieja en una maleta, llevarla fuera de la ciudad y arrojarla a un pantano. Conocía un lugar ideal.

La maleta estaba debajo del diván. La saqué y la abrí. Contenía distintos objetos: algunos libros, un viejo sombrero de fieltro y ropa usada. Puse todo eso sobre el diván.

En ese momento, la puerta de la calle sonó ruidosamente y tuve la

impresión de que la vieja se había movido.

Me puse en guardia al instante y cogí el mazo de croquet. La vieja estaba tranquilamente tumbada. Yo permanecía inmóvil, escuchando con atención. Era el maquinista que había regresado, le oigo moverse por su habitación. Ahora está en el corredor y va a la cocina. Si Maria Vasilievna le habla de mi extraño comportamiento, cosa fea. ¡Maldita sea! También tendré que ir a la cocina para que se tranquilicen al verme.

Franqueé de nuevo a la vieja y dejé el mazo cerca de la puerta a fin de tenerlo ya en mano antes de entrar cuando volviera, después salí al corredor. Se oían voces en la cocina, pero no se podían distinguir las palabras. Cerré tras de mí la puerta de la habitación y con sigilo me encaminé a la cocina: quería saber de qué hablaban Maria Vasilievna y el maquinista. Me desplazé raudo por el pasillo antes de aflojar el paso cerca de la cocina. Era el maquinista quien hablaba, debía contar algo ocurrido en su trabajo.

Entré. El maquinista estaba de pie, con una servilleta en la mano, y le decía algo a María Vasilievna, que lo escuchaba sentada en un taburete. Al verme, él me hizo un gesto con la mano.

—Buenos días, Matvei Filipovich —dije, pasando al cuarto de baño.

Todo estaba tranquilo por el momento. Maria Vasilievna ya estaba acostumbrada a mis extravagancias y posiblemente había olvidado lo sucedido.

Pero, de pronto, un pensamiento atravesó mi mente: no había cerrado la puerta con llave. ¿Qué ocurriría si la vieja sale de la habitación?

Iba a volver precipitadamente, pero me contuve a tiempo y, para no asustar a los demás inquilinos, crucé la cocina con un paso tranquilo.

Maria Vasilievna tamborileaba con un dedo sobre la mesa y le decía al maquinista:

—¡Eso sí que es bueno! ¡Muy bueno! ¡Yo también hubiera silbado!

Con el corazón en un puño, salí al corredor y, entonces, me lancé casi corriendo hacia la habitación.

Desde fuera todo parecía tranquilo. Me acerqué a la puerta, y, entreabriéndola, eché un vistazo al interior. Como antes, la vieja estaba tumbada de cara al suelo. El martillo de croquet estaba en el mismo lugar donde lo había dejado, cerca de la puerta. Lo cogí, y entré en la habitación cerrando con llave. Sí, un olor a cadáver apestaba la estancia. Franqueé a la vieja, me acerqué a la ventana y me senté en el sillón. Ojalá no me sienta mal a causa de

este hedor, aún débil, pero sin embargo ya insoportable. Encendí la pipa. Sentía una ligera náusea y un pequeño malestar en el estómago.

¿Pero qué hago yo sentado aquí? Hay que actuar con rapidez, antes de que esta vieja se pudra definitivamente. Pero en cualquier caso, debo tener cuidado al meterla en la maleta, porque es justamente entonces cuando puede morderme un dedo. Y morir a continuación de una septicemia, ¡no, gracias!

—¡Ajá! —exclamé de pronto—. Me gustaría mucho saber con qué va a morderme. ¡Usted ya sabe dónde están sus dientes!

Sin abandonar el sillón, me incliné y miré hacia el lugar donde, según creía, debía encontrarse la dentadura postiza de la vieja. Pero la dentadura no estaba allí.

Me puse a pensar: ¿tal vez la vieja muerta gateó a través de la habitación buscando sus dientes? ¿Quizá llegó a encontrarlos y volvió a colocárselos en la boca?

Cogí el martillo de croquet y hurgué con él en el rincón. Nada, la dentadura había desaparecido. Entonces saqué de la cómoda una gruesa sábana de algodón y me acerqué a la vieja. En la mano derecha, tenía preparado el martillo de croquet, y, en la izquierda, la sábana de algodón.

La vieja muerta me inspiraba a la vez terror y asco. Con la ayuda del mazo, levanté ligeramente su cabeza: la boca estaba abierta, los ojos en blanco, y una gran mancha oscura se extendía por todo el mentón, allí donde le di la patada. Eché un vistazo a su boca. No, no había encontrado su dentadura. Solté su cabeza. La cabeza cayó golpeándose contra el suelo.

Entonces extendí la sábana en el suelo y la arrastré hasta donde se encontraba la vieja. Después, ayudándome del mazo de croquet y una pierna, giré a la vieja sobre su costado izquierdo, hasta dejarla boca arriba. Ahora estaba tendida en la sábana. Tenía las rodillas dobladas y los puños apretados contra los hombros. Parecía que echada así panza arriba, como un gato, quisiera defenderse contra los ataques de un águila. Vamos, de prisa ¡tengo que deshacerme de una vez por todas de esta carroña!

Envolví a la vieja en la sábana y la cogí en mis brazos. Resultó ser más ligera de lo que yo pensaba. La deposité en la maleta e intenté cerrar la tapa. Me esperaba toda clase de dificultades, pero la tapa se cerró fácilmente. Encajé los cierres de la maleta y me erguí.

La maleta, ante mí, tenía un aspecto de lo más convencional, como si en

su interior hubiese ropa y libros. La agarré por el asa e intenté levantarla. Sí, por supuesto, era pesada, pero no excesivamente, de modo que podría llevarla hasta el tranvía.

Comprobé la hora: las cinco y veinte. Está bien. Me senté en el sillón para relajarme un poco y fumar una pipa. Probablemente las salchichas que comí no estaban muy buenas, pues cada vez me dolía más el estómago. ¿Quizá se deba a que las comí crudas? ¿O se trate de un dolor de estómago puramente nervioso?

Permanezco sentado y fumo. Los minutos se suceden inexorablemente.

El sol primaveral brilla a través de la ventana y sus rayos me obligan a entornar los párpados. Poco después se oculta tras la chimenea de la casa de enfrente, y su sombra corre por el tejado, cruza la calle volando y viene a posarse en mi cara. Recuerdo que ayer, a la misma hora, estaba en este mismo lugar escribiendo mi relato. Aún está aquí el papel cuadriculado en el que escribí con letra pequeña: «El taumaturgo era alto».

Miré a través de la ventana. Por la calle pasaba el inválido que golpeaba ruidosamente la acera con su pierna ortopédica y su bastón. Dos obreros y una vieja se partían de risa viendo la ridícula manera de andar del inválido.

Me levanté. ¡Había llegado la hora! La hora de ponerme en camino. La hora de llevar a la vieja al pantano.

Debo pedirle algún dinero prestado al maquinista.

—Discúlpeme, Matvei Filipovich, ¿tiene dinero? ¿No podría prestarme 30 rublos? Se los devolveré pasado mañana.

—Sí, no faltaba más —dijo el maquinista.

Pude oír cómo abría un cajón haciendo tintinear las llaves. Después abrió la puerta y me alargó un billete rojo y nuevo de 30 rublos.

—Muchas gracias, Matvei Filipovich —dije.

—De nada, de nada —dijo el maquinista.

Metí el dinero en un bolsillo y volví a mi habitación. La maleta seguía estando tranquilamente en el mismo lugar que la dejé.

—Y ahora, pongámonos en camino, sin más tardanza —me dije.

Cogí la maleta y salí de la habitación.

Maria Vasilievna me vio con la maleta y exclamó:

—¿A dónde va?

—A casa de mi tía —dije.

—¿Cuándo volverá? ¿Pronto? —preguntó Maria Vasilievna.

—Sí —dije—. He de llevarle alguna ropa a mi tía. Quizá esté de vuelta hoy mismo.

Salí a la calle. Llegué al tranvía sin ningún tropiezo, llevando la maleta ora en la mano derecha, ora en la izquierda.

Subí al segundo vagón del tranvía, por la plataforma delantera, y me puse a llamar la atención de la cobradora para que me cobrase por el equipaje y el trayecto. No quería hacer pasar mi único billete de 30 rublos a través de todo el vagón, y tampoco podía decidirme a abandonar la maleta para ir yo mismo al encuentro de la cobradora. Ella se acercó a la plataforma y me dijo que no tenía cambio. Tuve que bajarme en la parada siguiente.

De muy mal humor, me puse a esperar por otro tranvía. Me dolía el estómago y mis piernas acusaban un ligero temblor.

Y súbitamente vi a mi encantadora dama: en aquel momento cruzaba la calle sin mirar hacia donde yo estaba. Agarré la maleta y me lancé en su persecución. No sabía su nombre y, por lo tanto, no podía llamarla. La maleta me molestaba terriblemente: la sostenía ante mí con las dos manos y la iba empujando con rodillas y vientre. La bella dama caminaba muy deprisa y entonces me di cuenta de que no le daría alcance. Estaba ya casi extenuado y empapado de sudor. Después la dama dobló por una callejuela, y, cuando llegué a la esquina, ella había desaparecido.

—¡Maldita vieja! —farfullé, arrojando la maleta al suelo.

El sudor había atravesado por completo las mangas de mi americana, que se me pegaban a los brazos. Me senté en la maleta y, con ayuda de un pañuelo, me sequé la cara y el cuello. Dos chiquillos se pararon ante mí y comenzaron a observarme. Tratando de aparentar calma, me puse a mirar fijamente el portal más próximo, como si esperase a alguien. Los chiquillos susurraban y me señalaban con el dedo. Una rabia terrible me estrangulaba. ¡Ah, si les entrase el tétanos!

Y por culpa de estos pequeños tiñosos me levanto, cojo la maleta, me acerco al portal y echo un vistazo. Aparento sorpresa, saco el reloj y me encojo de hombros. Los chavales me observan desde lejos. Yo me encojo de hombros una vez más y me asomo al portal.

—Qué extraño —digo en voz alta, después cojo la maleta y la arrastro hasta la parada del tranvía.

Llegué a la estación a la siete menos cinco. Compro un billete de ida y

vuelta para Lisi Nos y subo al tren.

En el vagón hay otras dos personas: uno, al parecer, es un obrero, parece cansado y duerme, con la gorra echada sobre los ojos. El otro, un tipo aún joven, viste como un petimetre de campo: bajo la chaqueta, lleva una camisa rosa abotonada a un lado y una mata de rizado pelo asoma bajo su gorra. Fuma un cigarrillo en una boquilla de plástico de intenso color verde.

Dejo la maleta entre los bancos y me siento. Tengo tales cólicos que aprieto los puños para no gemir de dolor.

Por el andén, dos policías llevan a un hombre detenido. Camina con las manos a la espalda y cabizbajo.

El tren se pone en marcha. Miro el reloj: las siete y diez.

¡Qué placer será arrojar a esta vieja al pantano! Lástima que no haya traído un bastón conmigo: llegado el caso, habrá que empujarla.

El petimetre en camisa rosa no deja de mirarme con insistencia. Yo le vuelvo la espalda y miro por la ventanilla. Tengo horribles dolores de estómago: durante estos momentos, aprieto los dientes, cierro los puños y tenso las piernas.

Dejamos atrás Lanskaia y Novaia Derevnia. A ese lado asoma la cúpula dorada de la pagoda budista y por allí asoma el mar.

Pero entonces, me levanto de un brinco, y, olvidando todo lo que me rodea, salgo disparado —con un trote de cortos pasitos— hacia el retrete. Un infausto vómito conmueve y trastorna mi conciencia...

El tren aminora su marcha. Nos acercamos a Lajta. Estoy sentado sin hacer el menor movimiento, temiendo que me hagan salir del retrate durante la parada.

—¡Vamos, que se ponga en marcha! ¡Que se ponga en marcha de una vez!

El tren se mueve y yo cierro los ojos de placer. ¡Ah, estos minutos pueden ser tan dulces como los instantes de amor! Todos mis nervios están tensos... pero sé que tras esto seguirá un abatimiento terrible.

El tren se detiene de nuevo. Estamos en Olguino. ¡Esto significa que se repetirá la misma tortura!

Pero ahora, son falsas ganas. Un sudor frío perla mi frente y una ligera tibieza revolotea en torno a mi corazón. Me levanto y permanezco un momento con la cabeza apoyada en el tabique. El tren avanza y el traqueteo del vagón me

resulta agradable.

Hago acopio de todas mis fuerzas y, a tientas, salgo del retrete.

En el vagón no hay nadie. El obrero y el petimetre en camisa rosa descendieron, al parecer, en Lajta o en Olguino. Me dirijo lentamente hacia mi ventanilla.

Pero súbitamente me detengo y miro con aire alelado ante mí. La maleta no está donde la había dejado. Debí equivocarme de ventanilla. Me precipité a la ventanilla siguiente. Tampoco allí estaba la maleta. Recorrí el vagón de arriba abajo, miré bajo los bancos, pero la maleta no aparecía por ninguna parte.

Sí, ¿cómo puede haber la menor duda? Por supuesto, me robaron la maleta mientras estaba en el retrete. ¡Era de esperar!

Estoy sentado en el banco, con las cejas enarcadas, y, quién sabe por qué, recordando aquel momento en casa de Sakerdon Mijailovich cuando el esmalte del cazo, al rojo vivo, saltó con un chasquido impresionante.

—¿Y ahora qué? —me pregunto a mí mismo—. ¿Quién va a creer ahora que yo no maté a la vieja? Me arrestarán hoy mismo, aquí o en la ciudad, en la estación, como al hombre que caminaba cabizbajo.

Salgo a la plataforma del vagón. El tren se acerca a Lisi Nos. Los pivotes blancos que bordean la vía pasan como desfilando. El tren se detiene. Las escalerillas del vagón no llegan al suelo. Salto y me dirijo al hall de la estación. Aún habrá que esperar media hora por el próximo tren que lleva a la ciudad.

Me acerco a un lugar arbolado. Veo unos matorrales de enebro. Tras ellos nadie me verá. Me dirijo hacia ellos.

Una enorme oruga verde se arrastra por el suelo. Me pongo de rodillas y la toco con el dedo. Una y otra vez se contorsiona con violencia y nerviosismo en todos los sentidos.

Miro en torno. Nadie me ve. Un ligero escalofrío me recorre la espalda. Inclino la cabeza y susurro:

—En el nombre de Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

.....

Con esto, interrumpo momentáneamente mi manuscrito, considerando que su extensión es ya suficiente.

[final de mayo y primera mitad de junio 1939]





DANIIL CHARMS (1905-1942). Escritor ruso. Heredero de la vanguardia de los años diez, uno de los fundadores de la última organización literaria de «izquierdas» en la Rusia soviética —la Asociación para un arte real (OBERIU)—, y que, como tantos otros, posteriormente llegaría a ser considerado «enemigo de clase» en los años treinta. Cuando al comienzo de la guerra, la represión barre a Daniil Charms al mismo tiempo que a casi todos sus amigos, es toda una generación literaria la que es diezmada: la generación de aquellos que no tuvieron tiempo de publicar antes de ser reducidos al silencio por el estalinismo triunfante.

Charms es uno de esos numerosos escritores cuyas obras permanecieron en el anonimato durante largos decenios. Su escritura, mordaz, satírica, grotesca, se suele emparentar con la literatura del absurdo y el surrealismo. Poeta en sus comienzos, poco a poco desplazó su mundo creativo a la prosa. Maestro de la forma corta, Charms se convierte en un implacable observador de la monstruosa realidad que le rodea en esas miniaturas a menudo divertidas y siempre trágicas.

Declarado enemigo del Soviet fue enviado a prisión en 1931. Diez años más tarde —en 1941— Charms fue arrestado de nuevo, acusado de distribuir

propaganda contra el régimen. Internado en la prisión de Leningrado n° 1, murió de inanición en 1942. Leído ávidamente en «samizdat» durante años por una juventud que hizo de él su preferido, Charms —poeta maldito en vida— es hoy un autor célebre en Rusia.

